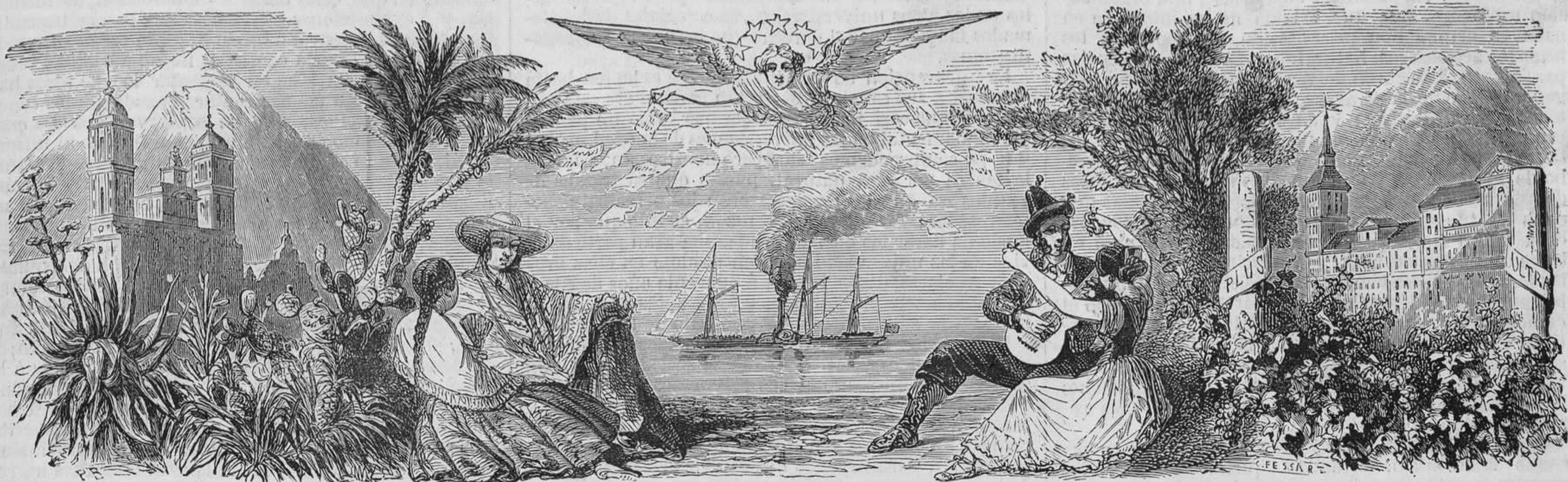


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO V.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 14. — N° 120.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

La procesion de Cuasimodo en Tolon; grabado. — Antiguas universidades españolas. — La Vision. — Un sarao de los judíos en Oran; grabados. — Interior de una casa india; grabados. — Revista de Paris. — El grillo doméstico. — Exposicion Universal; grabados. — Apuntes de un viaje de Nápoles á Roma. — Ligeros apuntes sobre la Argelia; grabados. — Los ingleses en el Japon. — Revista de la moda. — La procesion del viérnes santo en Monaco; grabados.

La procesion de Cuasimodo en Tolon.

Tolon es la ciudad de las procesiones, y cuando decimos Tolon, entiéndase que hablamos de toda la Provenza, donde sucede lo mismo que en la ciudad. La procesion del domingo de Cuasimodo se verifica generalmente en la Provenza, con la asistencia de las santas imágenes que se pasean aquel dia por las calles, en señal de gratitud á Dios por las gracias que ha dispensado á los fieles con motivo de las fiestas de Pascuas.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto este dibujo. Las diferentes parroquias van á la catedral con todos los cuerpos sagrados que poseen, y de la catedral sale la procesion con un numeroso séquito de mártires, de vírgenes, reyes, etc., entre los que figura el busto de san Cipriano, obispo y patron de Tolon.

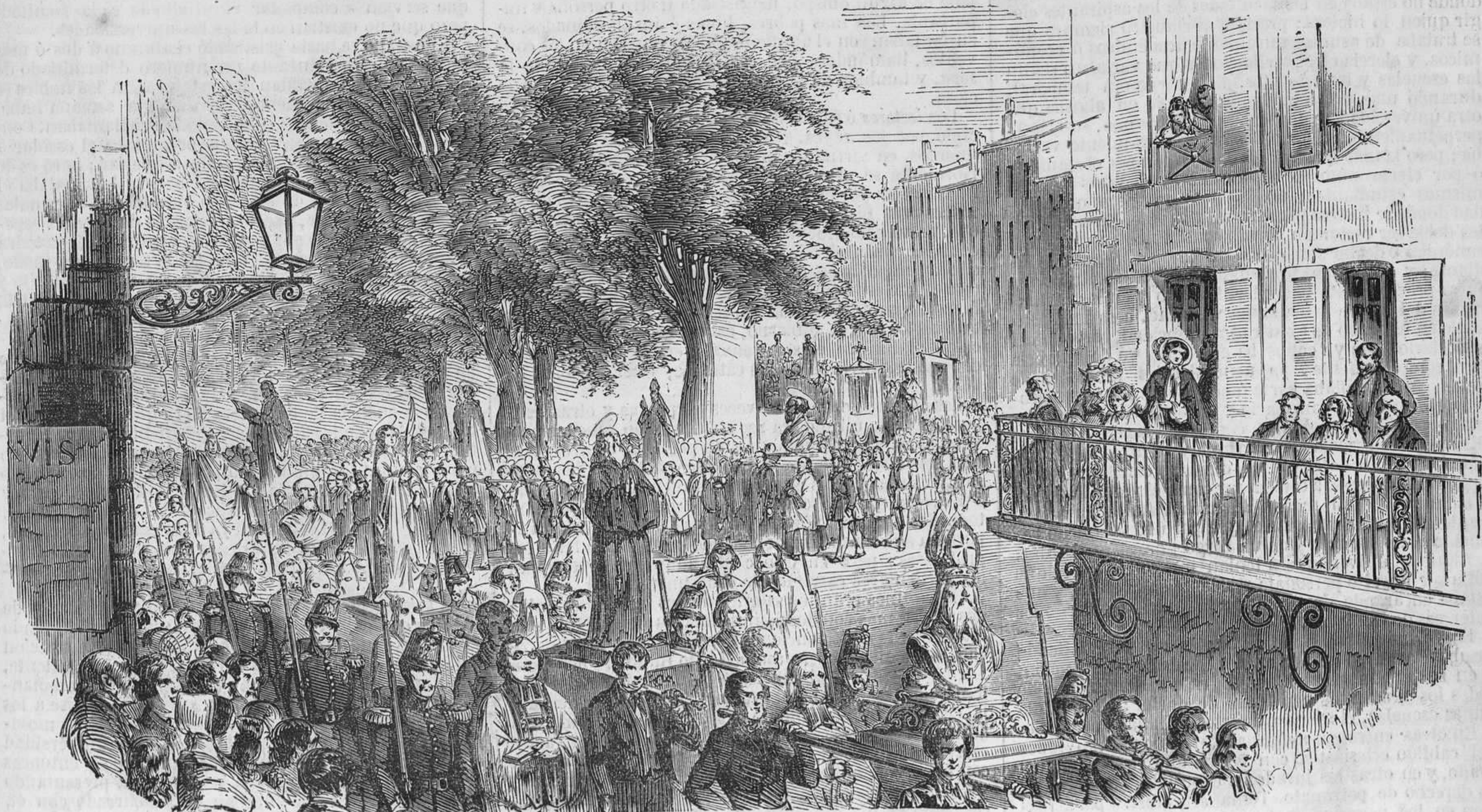
Antiguas Universidades españolas.

Artículo segundo.)

(Véase el n° 114.

Las numerosas universidades que hemos citado en el artículo anterior nacieron en diversas épocas, la mayor parte durante el siglo XVI, sin sujecion á ningun sistema general uniforme, cada una con sus particulares constituciones, y sin mas semejanza entre sí que la debida á la natural imitacion unas de otras, y al comun origen que todas tenian, esto es, la autoriza-

cion pontificia; pues hubo un tiempo en que recibiesron de la santa sede su organizacion, sus enseñanzas y hasta sus medios de existencia. Estas escuelas parecian entónces ser mas bien del papa que de los monarcas en cuyos dominios estaban. Una autoridad representante del sumo pontifice se hallaba al frente de ellas: el papa y sus legados establecian, aumentaban ó disminuian las cátedras; las rentas eclesiásticas las sostenian. Mas robustecido el poder real, al paso que enflaquecia el de Roma, ni esta se mezcló ya con tanta frecuencia en el gobierno de las universidades, ni aquellos hicieron mas que impetrar ó confirmar las bulas de ereccion, creyendo que era atribucion suya exclusiva velar sobre los estudios, modificarlos y arreglarlos segun creyeron oportuno; y si bien conservaron siempre un escrupuloso respeto hácia los privilegios, concedidos desde un principio á estas escuelas, si bien las dejaban en total independenciam en cuanto á la administracion económica y gobierno interior, no así en lo concerniente á estudios y otros puntos de conveniencia pública, respecto de los cuales, como asunto de regalía, se atribuyeron luego una alta inspeccion, nombrando visitadores, reformando estatutos, creando cátedras, y tomando otras muchas providencias, sin contar para nada



Procesion del domingo de Cuasimodo en Tolon.

con los papas: á cuyo efecto las pusieron bajo la vigilancia y protección del consejo de Castilla.

Este alto cuerpo que en todos los ramos tendia á ensanchar sus facultades, adoptó respecto de las universidades un sistema de centralización tal como entonces se entendia; y sin pretender sujetarlas á una organización uniforme, cosa que todavía no se intentaba en nada, se arrogó una intervención omnimoda en los negocios académicos. Naturalmente á las providencias parciales, se agregaron de vez en cuando disposiciones generales, como la de avocar á sí el nombramiento de todos los catedráticos; y de esta suerte, sin intento premeditado, y solo por la fuerza de las cosas y de los tiempos, se iba avanzando insensiblemente en el terreno de la unidad. Ya se vieron síntomas muy marcados de esta tendencia en los planes de 1771. Por mas que estos no tuviesen un carácter general, dirigiéndose cada uno á su respectiva universidad, predominó en todos un mismo espíritu, y sin decirlo quedaron sujetos los cuerpos académicos á un sistema uniforme en la enseñanza. El plan de 1807 apareció por fin con el carácter de general, aunque dejando todavía cierta latitud en el gobierno interior. El de 1824 fué mas allá, sujetando este gobierno á una regla fija, pero conservando la independencia económica; y esta finalmente ha quedado del todo anulada en las últimas reformas.

Era el gobierno de las antiguas universidades en extremo democrático, formando aquellas escuelas unas especies de repúblicas en que hasta los escolares tenían su representación, interviniendo en muchos actos importantes. Dos autoridades se hallaban al frente de ellas; el cancelario y el rector. El primero llamado también canceller y maestro-escuela, representaba la autoridad pontificia y régia, y ejercía la jurisdicción civil y criminal sobre todos los demás funcionarios, maestros, estudiantes y matriculados, fallando unas veces por sí solo, y otras constituyendo tribunal con adjuntos ó coadyutores elegidos de entre los catedráticos ó doctores. Era además atribución suya el conferir los grados mayores, haciéndolo con toda pompa y solemnidad en nombre del pontífice; á cuyo efecto presidía el claustro, como igualmente en otras muchas ocasiones que prefijaban los estatutos. El cargo de cancelario era permanente, recayendo unas veces por derecho en el obispo, ó en determinadas dignidades eclesiásticas, otras en meros doctores y aun catedráticos, por nombramiento del rey ó del papa. En el primer caso, no pudiendo siempre ejercer sus funciones, nombraba un delegado con título de vice ó procancelario, siendo el rector en varias universidades; y solo en ocasiones solemnes se veía al verdadero cancelario á la cabeza del establecimiento; en los demás casos tomaba una parte activa en los asuntos académicos. Generalmente se ejercía este cargo por mero honor, aunque en algunas partes le estaba señalado salario; y con mas frecuencia gozaba de beneficios eclesiásticos, anexos á la plaza, sin contar las propinas procedentes de los grados.

El rector era el jefe de los estudios, consistiendo su principal encargo en cuidar del gobierno interior de la escuela, y del exacto cumplimiento de las obligaciones que respectivamente correspondían á maestros, escolares y dependientes. Confería los grados de bachiller donde no estaba en las facultades de los aspirantes elegir quien lo hiciera; presidía el claustro siempre que se trataba de asuntos puramente académicos ó económicos, y ejercía otras atribuciones que variaban segun las escuelas y los estatutos. Este cargo era temporal, durando uno, dos ó tres años; y solo en alguna que otra universidad, como en la de Barcelona, se ejercía perpetuamente. La forma de su nombramiento variaba; pero la mas general era la elección por el claustro, ó por cierto número de doctores, y á veces por los mismos estudiantes; no faltando tampoco universidad donde se hiciese por el ayuntamiento. En unas partes debía ser rector un sugeto constituido en dignidad, canónigo ó doctor; en otras un mero colegial ó estudiante; y aun estaba prevenido en ciertos estatutos que fuese precisamente bachiller. En esto y en las atribuciones del rector había suma variedad, cosa indispensable en el hecho de existir otra autoridad, como la del cancelario, que ya eclipsaba al rector, ya desaparecía casi completamente, ya usurpaba las funciones de aquel, ya le confiaba parte ó el todo de las suyas propias, ya en fin, el cancelario y el rector eran una misma persona. Sin embargo, como la presencia de este último en la escuela era continua y su acción se extendía á los actos de ejecución diaria y constante, se le llegó con el tiempo á considerar como el verdadero jefe, y su autoridad, al ménos de hecho, fué creciendo y anulando la del cancelario, que por último quedó reducido á no ser mas que un cargo puramente titular.

Algunas universidades tenían un conservador que solía ser un alto personaje residente en la corte, y que estaba encargado de promover cerca del Gobierno los intereses de la escuela.

Los claustros eran de diferentes clases, existiendo también gran diversidad en el modo de su constitución, y en sus atribuciones. Componíanse generalmente de todos los graduados con título de doctor; pero en algunas escuelas, el número de estos se hallaba prefijado.

En otras entraban á formar parte de él individuos del cabildo eclesiástico con tal de que tuviesen aquel grado, y en otras los jurados ó concejales en virtud de su derecho de patronato. Tenía el claustro participación en los negocios de la universidad, sobre todo en los económicos, sin perjuicio de que hubiese juntas

especiales para manejar directamente estos últimos; pero el gobierno inmediato de la escuela solía estar confiado particularmente á un claustro ó junta compuesta del rector y cierto número de consiliarios, que ya eran doctores nombrados por el general, ya estudiantes elegidos por sus compañeros para representarlos en los actos universitarios, ya colegiales de los llamados mayores por el derecho que les daban sus constituciones.

La intervención de los estudiantes se extendía hasta nombrar á sus catedráticos; y tan general era esta costumbre, que casi puede considerarse como un principio fundamental en las universidades de la edad media. Hoy no comprendemos esto; pero nuestros antepasados lo tenían por cosa natural, puesto que se trataba de asuntos en que los escolares eran los principalmente interesados; y con tanta mas razón, cuanto que por el modo de hacer los estudios, se pasaba gran parte de la vida en las universidades, encontrándose en ellas muchos escolares desde treinta á cuarenta años de edad, de gran ciencia y autoridad, y muy aptos para tomar parte en la administración y gobierno de la escuela.

La sociedad universitaria en las edades pasadas era una sociedad especial dentro de la sociedad civil, con su organización peculiar, sus privilegios, exenciones é inmunidades, que convidaban á permanecer en ella todo el tiempo que se podía. Con frecuencia igualaba la población de ciertas ciudades á que daba un carácter *sui-generis*, constituyendo una especie de behetría. Donde la población era grande, recibía ese carácter algun cuartel ó barrio en que solo con recelo y temor penetraban los habitantes de los demás cuarteles. Los escolares lo dominaban todo. Divididos en naciones, provincias ó grupos, cada cual con sus jefes y diputados, formaban ejércitos regimentados, dispuestos siempre á entrar en batalla con el ardor que le era posible á esa multitud fogosa é indisciplinada. Solía verse por ellos alterada la pública tranquilidad, y tenían los magistrados que ceder á sus irresistibles exigencias. Proverbios han quedado los alborotos, desórdenes y desafueros promovidos por los estudiantes; y las leyes tuvieron que reprimirlos, prohibiendo á estos y á sus maestros tomar parte en las parcialidades y bandos de los pueblos.

La masa estudiantina se acrecentaba con la multitud de personas que bajo cualquier pretexto se acogían á los privilegios de la universidad. Hubo tiempo en que la de Salamanca llegó á tener 18,000 matriculados, sin que entre ellos se contasen mas que 7,000 estudiantes.

Dividíanse los estudiantes en colegiales y manteístas. Aquellos eran los que vivían en los colegios, distinguiéndose por una parte especial de su vestimenta llamada *beca*. Los manteístas tomaban este dictado del traje peculiar que todos usaban, y de que era la parte principal la capa ó *manto*.

El deterioro de este traje era una de las galas del escolar, como denotando mayor antigüedad en la escuela. Con él se aumentaba el espíritu democrático de la clase; pues bajo el manto desaparecían todas las distinciones sociales. Los manteístas vivían en pupilajes, ó en casas particulares, atendiendo muchos á su manutención con servicios domésticos. De estos eran los mas felices y honrados los que conseguían plazas de paje de algun obispo, magistrado ú otro personaje importante. Los mas pobres, libres é insubordinados, se sustentaban con el alimento que se repartía en los conventos, llamándose por esta razón estudiantes de la *sopa*, y también de la *tuna* por su vida procaz y licenciosa.

Los *lectores* ó catedráticos, se nombraron en un principio por los reyes, fundadores, cabildos ó ayuntamientos, en virtud de su derecho de patronato. Posteriormente se proveyeron las cátedras y regencias, en unas partes por el rector, cancelario y doctores de las respectivas facultades; en otras, y como ya se ha dicho, prevaleció mucho este método, por los mismos escolares, concurriendo al efecto los que tenían cierta edad, tiempo de estudios y otras circunstancias, para lo cual se hicieron infinitos reglamentos. A pesar de esto fueron grandes los abusos, escándalos y sobornos; de tal suerte, que el gobierno, cansado de tanto desman, creyó al fin que el solo remedio era el de conceder al consejo la provision de las cátedras, y así lo acordó en 1623.

Las cátedras eran unas veces perpetuas y otras temporales: esto último era regla general en muchas universidades, no poseyéndose sino por tres, cuatro y á lo mas seis años, aunque se hubiesen obtenido por oposición. Hubo Cortes en que los procuradores pidieron á los reyes que así se acordase por punto general para todas las escuelas, por las ventajas que este método reportaba á la enseñanza, sirviendo para estimular á los profesores; pero en esto continuó lo que prescribían los particulares estatutos de cada universidad.

Mezquinos eran los salarios de los maestros, dotados el que mas con doscientos ducados; acreciendo solo este haber las distribuciones por propinas y otros derechos académicos; pero aun así todo junto no llegaba á formar una dotación suficiente para mantenerse el profesor con decoro. Por esta razón ninguno se dedicaba á la enseñanza sino como de paso, y para hacer méritos á fin de obtener otra plaza mas lucrativa en las varias carreras del Estado. Así es que la enseñanza se ejercía con la mayor indiferencia y descuido, sin celo alguno, y hasta sin asistencia, tanto por parte de los catedráticos como de los alumnos, de lo cual hubo repetidas quejas que á fines del siglo pasado dieron lugar á sérias providencias del gobierno.

Fuera de esto, el sistema de enseñanza era tal, que ni el alumno sacaba gran provecho de las lecciones, ni el catedrático le era dable adelantar un paso en la ciencia que le estaba encomendada. Limitábase á la lectura de las obras de texto que nunca variaban, al cuidado de que estas obras se aprendiesen de memoria, y á explicaciones convenidas que casi se transmitían de unos maestros á otros. Ni podía ser de otro modo, cuando la ciencia consistía, no en adelantar sobre lo que ya se sabía, sino en comentar lo que otros habían sabido; no en acrecentar el caudal de los conocimientos humanos, sino en conservar el *statu quo*, como si esos conocimientos hubiesen llegado al último término que le es dado alcanzar al hombre. Penetrar lo que habían querido decir Aristóteles, Santo Tomás, Escoto, Hipócrates, Avicena, en sus respectivas obras, era el último esfuerzo del mas aventajado doctor; y así se decía en algunos estatutos: « Ordenamos que cada uno de los catedráticos tenga obligación de explicar en la materia que leyere la mente del autor titular: el catedrático de Aristóteles, la mente de Aristóteles; el catedrático de Santo Tomás, la mente de Santo Tomás; el catedrático de Escoto, la mente de Escoto; y así de los demás. » El círculo pues que se trazaba á la enseñanza era inflexible, y excluía todo progreso, conduciendo naturalmente á la rutina y ciego empirismo. La manera de explicar se hallaba también prescrita en los estatutos, y conducía al mismo fin, previniéndose: « que los libros y lecturas sean obligados los regentes á leer por el texto, el cual lleven á la cátedra, y le lean á la letra, pena de multa, declarando el texto á la letra y ordenándole de manera que se entienda; y se lea proporcionadamente, no se deteniendo ni apresurando en ningun tiempo mas de lo que convenga. » De modo que la tarea del profesor en la cátedra era facilísima, requiriendo solo paciencia para leer y repetir los pasajes mas convenientes del texto, esto es, siendo lector en el sentido literal de la palabra.

No habia como ya hemos dicho, sistema general de enseñanza. Para ser aprobado en una misma facultad, no se explicaban en todas partes las mismas materias, ni se exigía igual número de años de estudio. No obstante, habia ciertos puntos comunes á todas las escuelas, y particularmente ciertas cátedras y asignaturas que eran de rigor, y por decirlo así constitutivas.

Las cátedras tomaron al principio los nombres de las horas de lección; pero al fin quedaron reducidas á las dos categorías de *Prima* y *Visperas*, esto es, de mañana y tarde. Cada facultad, y á veces cada materia en una misma facultad, tenía cátedra de prima y cátedra de visperas. Así habia prima y visperas de Sto. Tomás; prima y visperas de Escoto; prima y visperas de cánones; prima y visperas de medicina. Unas veces estaban señaladas á cada una de estas cátedras las materias que en cada año habia de abrazar; otras se reunían los profesores al principio del curso para convenirse en las materias que respectivamente habian de explicar; otras se designaban por el rector y consiliarios. A las cátedras que tenían aquellas denominaciones vagas, se agregaban otras con títulos convenidos, como las de Decreto, Sexto, Volúmen, Clementinas; y otras cuyo nombre expresaba mas claramente su objeto, como las de Escritura, Teología moral, Instituto, Anatomía; y demás que servían á completar el estudio de cada facultad, pero que no existían en todas las universidades.

El estudio se hacia asistiendo el alumno á dos ó mas cátedras diarias durante un número determinado de años, segun prescribían los estatutos. A los nobles se les exigía un año ménos. Un día cada semana habia repasos ó *reparaciones* como entonces se llamaban. Concluidos los años prescriptos, se presentaba el escolar á los actos que los diversos grados requerían; pero es de advertir que por punto general solo se le señalaba el número de años y de materias sin determinar cuales habian de ser estas, excepto respecto de algunas especiales, dejando al estudiante que asistiese á la cátedra que mas le acomodaba. Y no podía ser de otro modo, porque no existía en ninguna parte un órden fijo y metódico de estudios que formase un cuerpo completo de doctrina para cada facultad. Todo se reducía á materias, autores, tratados ó sistemas sueltos, cuya explicación duraba en cada uno varios años; de forma que en su totalidad se necesitaban muchos años para recorrer todas las enseñanzas relativas á una misma carrera. Consecuencia de este sistema era que, abrazando el total de las explicaciones correspondientes á cada facultad mucho mayor número de años que el necesario para recibir los grados, no por tenerlos daba punto á sus estudios un escolar aplicado y deseoso de saber cuanto en su respectiva ciencia era dado aprender. Veíanse, pues, estudiantes, ya licenciados y doctores, asistir todavía á las aulas para completar su instrucción, y sobre todo para brillar en los actos académicos.

La asistencia á cátedra se acreditaba por medio de cédulas que daban los catedráticos; mas no habiendo exámenes de fin de curso, ni exigiéndose la aprobación del que se acababa de estudiar para pasar al siguiente, semejantes cédulas no se solían pedir por los estudiantes sino cuando las necesitaban para presentarse á los grados. Con frecuencia sucedía que por la gran movilidad de los profesores no estaba ya en la universidad el catedrático con quien se habia estudiado; y entonces el escolar acudía á la prueba por testigos, presentando tres condiscípulos que juraban haber cursado con él, y á veces bastaba su propio juramento. Fácil es concebir los abusos á que daría lugar esta falta de formalidad en punto tan importante.

Verdad es que si en esto no existía el rigor que ahora tenemos, debíase á que el modo de probar actividad y aprovechamiento consistía principalmente en presentarse á los actos académicos en que las universidades tenían su principal vanagloria. Dos clases había de ellos; las *Disputas* y los ejercicios para obtener diferentes grados. Voluntarios unas veces, obligatorios otras, los unos eran *pro cathedra* ó privados, los otros *pro universitate* ó públicos. Los estatutos solían entrar respecto de este punto en prolijos pormenores, tanto para que nadie dejase de cumplir con esta obligación, como para prescribir las reglas y formalidades que en todos los casos debían observarse.

Eran las disputas los actos de mayor lucimiento, y á ellas estaban obligados maestros y discípulos. El sustentante entregaba al presidente de los actos, con ocho días de anticipación, las conclusiones que intentaba sostener, y manifestaba lo que sobre ellas tenía que decir. El presidente podía repelerlas si no le parecían convenientes; y una vez admitidas, se fijaban en un sitio de la universidad para conocimiento de los que hubieren de argüir. No argüía, sin embargo, todo el que lo deseaba; y en esto, como en el sustentar, había turnos y reglas que se observaban con todo rigor, bajo pena de multa. Las disputas no valían por actos de los requeridos para la licenciatura, aunque nadie era admitido á recibir este grado sin haber sustentado cierto número de ellas.

Los actos para obtener los grados eran muy distintos en las diversas universidades de España. Para dar una idea de ellos, citarémos los de la de Alcalá que en esta parte hacia gala de ser la más prolija y rigurosa. A ocho llegaban los requeridos en la facultad de Teología para solo el título de licenciado. El de bachiller ó primera licenciatura exigía cuatro, para los cuales se debían probar otros tantos años de estudios, y se llamaban *de tentativa*, *de primero*, *segundo* y *tercero principio*, dejando ya este último al bachiller formado. Para el grado de segunda ó verdadera licenciatura, instituyó el fundador cuatro actos solemnes que habían de sustentarse, después de estudiar las Sentencias y la Biblia en dos años por lo ménos, y que se llamaban *Quodlibeto*, *Parva ordinaria*, *Magna ordinaria* y *Alfonsina*. Debía el Quodlibeto tener por objeto materias varias, teóricas y prácticas; la Parva ordinaria, materias sutiles; la Magna ordinaria, materia moral y casos de conciencia; y la Alfonsina materias altas y difíciles, durando nada ménos que todo el día. De estos actos, la tentativa, el tercer principio y la magna ordinaria, eran actos de *aprobo et reprobo*, esto es, que después de concluidos, los doctores que habían asistido se juntaban en la rectoral para fallar acerca de la admisión ó no admisión del candidato. En cada acto se debían defender seis conclusiones sobre diferentes puntos, arguyendo doce doctores y tres bachilleres de primera licencia, durando cada argumento con la respuesta media hora.

No era tan profusa en ejercicios la universidad de Salamanca: en ella bastaba presentarse, para el grado de licenciado á un examen público llamado *Repetición*, en que el candidato pronunciaba un discurso ó tesis, y sustentaba cierto número de conclusiones, que solían ser seis, contra los doctores á quienes tocaba argüirle; hecho lo cual, se votaba su admisión en escrutinio secreto. Lo mismo sucedía en Valladolid, Huesca y otras universidades; siempre que el graduando, en su clase de bachiller, se hubiese ejercitado previamente, y dada prueba de suficiencia en las disputas.

Todos estos actos se hacían unas veces sobre asuntos que se elegían ó meditaban, repartiéndose anticipadamente papeletas lujosamente impresas en vitela y seda, para indicar el objeto de la tesis con las conclusiones que habían de sustentarse; y otras por piques hechos en los libros de texto y términos de veinte y cuatro horas. En todos eran de rigor los argumentos en forma silogística; y aquí tenían lugar las famosas controversias, los paralogismos, sutilezas y demás algarabía escolástica, á fin de ostentar ingenio y agudeza, y no pocas veces la robustez de los pulmones.

De todos los grados, el de doctor era el que se confería con más pompa, constituyendo un verdadero triunfo, aunque mezclado también de amargura, pues ántes de subir al capitolio, había que pasar por las hórcas caudinas. En efecto, esta ceremonia se componía de dos actos solemnes: las vísperas, y el verdadero doctoramiento. Para el primero se reunía públicamente el claustro en la capilla, teatro, paraninfo ó sala principal; y allí se pronunciaban varios discursos, los unos sobre cuestiones doctrinales, y otros relativos al candidato. De estos últimos era la parte principal, y sobre todo más entretenida, el *Vejámen* reducido á diatribas y sátiras, ya en verso, ya en prosa, que cualquiera de los concurrentes podía leer y pronunciar contra el graduando que todo lo tenía que llevar en paciencia esperando solo ser desagraciado por el presidente que luego, y en tono formal, hacía su panegirico. El doctoramiento, que se verificaba dos ó tres días después, consistía en funciones de iglesia, nuevos discursos en el salón de actos, juramento, investidura con la entrega por el cancelario, rector ó decano del bonete con borla, anillo, guantes blancos, espada y espuelas doradas, siguiendo el abrazo y ósculo de paz á todos los doctores presentes, entre los cuales tomaba asiento el neófito, pronunciando un discurso en acción de gracias. Después se verificaba el paseo á caballo por la población para la cual era este día de júbilo y regocijo. Distribuíanse bonetes á los principales funcionarios universitarios, y guantes blancos, hachas de cera, y cajas

de dulces á todos los doctores; arrojábanse confites á la multitud; se celebraba el *loable* ó refresco para todo el cuerpo académico y los convidados; y últimamente había fuegos artificiales y hasta corridas de toros ó novillos. A sumas crecidas subían los gastos de esta ceremonia; abuso que no se pudo contener á pesar de las repetidas órdenes que expidió el gobierno para poner coto á un despilfarro que, inútil á la ciencia, servía tan solo para lisonjear la vanidad del rico, y comprometer al pobre.

ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

LA VISION.

A MI AMIGO EL SENOR LÁZARO M. PEREZ.

Si eres recuerdo endulzarás mi vida
Si eres recordamiento te ahogaré,
Si eres vision te seguiré perdida,
Si eres una mujer yo te amaré.

ZORRILLA.

“ Chi sie tu?... ”

PURIT.

I.

En una danza la ví
Juguetona como el aura;
Su voz de laud oí, —
Su voz que el alma restaura.
Entónces era deliciosa y pura,
Y el corazón robaba su hermosura.

Era reina entre las bellas, —
La diosa de los encantos;
Sus ojos eran centellas,
Sus palabras dulces cantos.
Era del campo la encantada Maga, —
Era misterio su existencia vaga.

Sus labios eran de rosa
Y sus dientes de marfil;
Su faz pura y más hermosa
Que la azucena de abril.
Jóven ornada de candor divino,
Amarla al punto me obligó el destino.

II.

Era una tarde serena
Del hermoso y puro abril:
En una pradera amena
Soplaba el aura sutil.
Allá al léjos la alondra solitaria
Al sol rendía su fugaz plegaria.

Bajo una ceiba frondosa,
Regaba lozanas flores
Una vírgen pura, hermosa —
La vírgen de los amores.
Hácia ella me aproximó reverente, —
Desparece á mi vista de repente.

III.

La luz primera del día
En el Oriente se asoma:
Do quier se aspira alegría,
Do quier exquisito aroma.
Una mujer se acerca hácia una fuente —
Al pasar se suspende la corriente.

IV.

¡Cuatro lustros ya he cumplido!
¡Veinte pasos á la muerte!
Por veinte años he sufrido
Los rigores de la suerte.
¡Quizá veinte años más pase en el mundo,
Sumido siempre en padecer profundo!

Tus días han de correr,
Desdichada criatura,
Sin dicha, paz ni placer, —
¡Y es tu fin... la sepultura!

¡Tal es del hombre el último destino!
¡Tal es el fin de su fatal camino!

V.

¡Las oraciones!... Me encuentro
En un sitio de misterio,
De realidad el centro, —
En un triste cementerio...
¡Dolor! ¡hasta en la tumba distinciones!
¡Hasta en ella reinando las pasiones!

Goce el soberbio mundano
Su riqueza colosal;
¡Pero no insulte, profano,
La morada funeral!
¡Esas tumbas de mármol reluciente
Revelan el orgullo más demente!...

Bajo un alto monumento
Una solitaria huesa:
Consagrada esta al talento,
Aquella á vana grandeza!
Tal es el mundo: pérfido, engañoso—
Desprecia al sabio— eleva al orgulloso!

De una tumba, lastimero
Un acento me llamó,
Que siniestro y agorero,
En mi oído resonó.
¿Mas quién es? — ¡La que en todas ocasiones
Agostó sin piedad mis ilusiones!...

Me le acerco con pavura —
Bella, pero desdeñosa,
Me señala, silenciosa,
Una humilde sepultura.
— « Escucha: el mundo me llamó la Suerte:
Tú serás infeliz hasta la muerte.

VI.

¿Vision dije yo? He mentido:
He trabajado afanoso
Por ser feliz y dichoso,
Sin conseguirlo jamás;
Corriendo tras la ventura,
Una voz siempre me hablaba,
Y desdichas me anunciaba,
Y dolores por demás.

Y esa mujer de la danza,
De la tumba y de la fuente —
Es la Suerte que, inclemente,
Huye por siempre de mí:
Con anhelo la he llamado;
Pero sorda á mis clamores —
En vez de dicha, dolores
Me ha dado solo de sí.
Es cierto! A mi alma llena de tormento,
La tumba libraré del sufrimiento!

J. M. TORRES CAICEDO.

Un sarao de los judíos en Oran.

Los dos dibujos que acompañan se refieren á una fiesta que presenta un carácter interesante bajo el punto de vista de la situación intelectual de la Argelia. — Se trata de un gran sarao dado á la población europea de Oran por un judío indígena.

Entre los descendientes de Abraham y de Jacob hay en Oran un cierto número de familias que recuerdan por su crecida fortuna el lujo de aquellos opulentos comerciantes que poblaban en otro tiempo el litoral italiano.

Dos de estas familias, que ambas llevan el nombre de Kanoui estrecharon el 13 de marzo los lazos de un antiguo parentesco con una nueva alianza. La casa en que se dió la fiesta de la boda, segun la correspondencia de donde tomamos estos pormenores, es muy hermosa; de construcción semi-europea, semi-árabe, presenta una distribución de aposentos á la manera francesa dispuestos en torno de un patio moruno. — Estilo de transición muy adecuado á los hábitos y á la situación del pueblo israelita, que sirve de lazo de unión entre la población de Europa y los árabes.

La casa Kanoui presentaba aquella noche un aspecto mágico. Una brillante iluminación adornaba su fachada, el patio interior y los aposentos; una mezcla pintoresca de flores, de luces de formas extrañas, de arañas de cobre de un gusto particular, de palmas verdes entrelazadas sobre suntuosas alfombras, todo ello reflejado por hermosas lunas de Trieste ó de Venecia, producía un efecto singular, pero muy espléndido. No es posible imaginarse nada mas original que esa alianza bajo el mismo techo de elementos tan distintos, tomados de muchas razas procedentes de las cuatro extremidades del universo. Al lado de las hermosas judías con sus brillantes *sermats* (especies de conos de filigrana sobre los cuales las judías arreglan sus tocados), de las ricas dalmáticas bordadas de oro, de los grandes vestidos de seda tejidos con el mismo metal, el europeo con su triste frac negro; en frente de las morenas españolas, y de las mujeres de la Córcega tan apasionadas en sus bailes, los rubios hijos del Norte con casaca bordada, cónsules de brillantes uniformes, oficiales de todas armas y de todos grados; aquí el moro impassible, allí el judío de mirada curiosa, y toda esa gente agitándose á los sonidos de una misma música emanada de una buena orquesta, en los pasos de los walses, de las polkas y de las varsovianas.

Aunque dirigida por un israelita indígena, el señor Karouby, la fiesta, sobre todo en cuanto al buffet, presentaba todo cuanto podía desear el mas delicado europeo. Los vinos de Burdeos y de Champaña corrieron abundantemente toda la noche en copas que pronto se vaciaban; habia tambien refrescos, dulces y todas las riquezas de la repostería francesa; caldos excelentes, chocolate, en fin, el buffet estaba



Adorno del patio de la fiesta.

servido con mucha profusion ó inteligencia.

El baile duró hasta el día. Es posible que el difunto rey Salomon de ilustre memoria, tuviese en su córte un mayor número de mujeres, pero, según la carta á que nos referimos, nunca las vió mas elegantes, mas graciosas, y sobre todo mas coquetas, que las mujeres cristianas ó judías que aceptaron gustosas el convite de la familia Kanoui en la noche del 15 de marzo.

J. S.

Interior de una casa india.

La población india ha conservado hasta estos últimos tiempos los usos y costumbres antiguos, y por este motivo se encuentra separada, hasta en el interior de sus casas, de toda civilización europea; al lado de cada ciudad de sus conquistadores, existen aldeas donde habita exclusivamente la población indígena. Estas aldeas están compuestas de chozas casi iguales en su construcción, fabricadas por lo regular con paja, y divididas en dos partes, una para los hombres y otra para las mujeres: la que representa nuestro grabado es de las mas ricas como construcción, porque se levanta sobre arco de piedra. Pero esto es una excepción; además es la casa de un rico vaiccia (los hombres de esta casta, salidos de Brama, son comerciantes ó labradores); el personaje que vemos sentado dando á sus dos hijos lección de *ata-cho urie* (a, b, c, d.) es un brama. Su calidad se demuestra por la mecha de cabellos que adorna su frente y su cráneo pelado.

El último individuo que está de pie y apoyado en la columna de la



El salon del baile.

galería, es un sudra; pertenece á la última casta religiosa de la India, porque es sabido que los parias no son una casta, sino una clase de individuos que voluntariamente ó á consecuencia de faltas graves se hallan fuera de la ley comun. El ajuar, de sus habitaciones es muy sencillo: el suelo está cubierto de estera, pieles de animales ó alfombras de lana; raramente se encuentran utensilios caseros; un banco y un gran cofre constituyen casi todos sus muebles. En esta especie de viviendas es donde las mujeres indias pasan su vida entera, porque no salen de sus chozas mas que para ir á hacer sus abluciones al rio; lo cual no proporciona un largo paseo á los habitantes de la casa que aquí representamos. Sin embargo, las mujeres de las clases bajas salen para ir al mercado á hacer sus provisiones ó á vender sus mercancías; no se ocupan mas que de su comercio, y aturden las calles con sus mil gritos de *Ney veney* ¡(manteca fresca)! *Venjam* ¡(cebollas)! *Kera* ¡(legumbres)! *Tayer* ¡(cuajada)! *Ourga* ¡(frutas en dulce)! y otros muchos.

La vida de las mujeres es excesivamente laboriosa y dura; su condicion es la mas infeliz de todos los países. A lo ménos las esclavas negras son iguales á los hombres de su raza; pero en la India, las mujeres no pertenecen, por decirlo así, á la raza de sus maridos, por mas infima que esta sea. Jamás comen á la mesa con los hombres, y los brammas miserables hacen que sus mujeres se acuesten en la calle durante una cierta época del año. Por último, es tal el menosprecio de los hombres por estas criaturas consideradas como impuras, que no debe sorprender el que la repugnancia los domine tambien por parte de la naturaleza. Las mujeres ricas se dispensan no obstante de los trabajos penosos, y se consuelan entregándose al gusto inato de su sexo por los adornos y las alhajas; sus brazos y piernas están cargados de anillos de oro, su uello rodeado y su frente y cabellos cubiertos de alhajas; hay muchas que se hacen horadar la nariz para ponerse una sortija de oro. Su traje es bastante variado; unas veces consiste en una saya de guinea azul, de percal blanco ó rayado que baja hasta media pierna, y una especie de manta que pasa por delante del pecho y se sujeta sobre los hombros; otras consiste en un vestido subido con manga corta; y lo mas frecuente en un simple pedazo de tela sujeto por un cinturón. Las mujeres de los brammas llevan un pantalon ancho, una saya mas rica, y la manta con la cual se embozan con mucho garbo, es tambien mas lujosa. En general estas desgraciadas son bien hechas y hermosas; sus ojos expresivos y brillan-

tes, sus cabellos largos y sedosos, sus dientes blancos y su fisonomía franca y bondadosa.

La miseria arroja frecuentemente las familias de un territorio, y la misma distancia separa á los maridos durante estos viajes. Por infelices que sean estas familias, el marido va delante, grave y silencioso; la mujer le sigue á alguna distancia, llevando un niño de corta edad sobre la cadera izquierda. Cuando viajan juntas muchas familias, los hombres se reúnen para marchar delante, y las mujeres vienen detrás á una distancia respetuosa.

La religion india tolera la poligamia; pero esta no existe mas que entre los ricos.

La existencia de los indios está enteramente subordinada á las leyes religiosas; hay formas prescritas para la ejecucion de todos los actos de la vida, en cuya puntual observancia son muy meticulosos. Su modo de comer está sujeto á condiciones determinadas.

A pesar de la sobriedad de estos indígenas, la miseria de su suelo es horrible. Los desdichados que se con-

res están devorados por la usura, necesitan tomar prestado para comprar simiente, y á veces hasta para la adquisicion de la yunta con que han de cultivar sus tierras; aun cuando puedan trabajar con sus propios recursos, estos son por lo comun insuficientes, si se trata de una gran labranza, como por ejemplo la del opio. Entónces los banqueros y usureros van haciéndose insensiblemente por medio de préstamos los dueños de todo; como ellos hacen los anticipos, se reservan la propiedad del producto, y los cultivadores ó propietarios del terreno, imposibilitados por falta de medios de hacerle producir por sí mismos, alquilan así á esos hombres por un vil precio el disfrute de la tierra y sus propios servicios. Luego si en toda la India prevalece el mismo sistema, es evidente que la clase de los usureros es allí mas numerosa que en Europa. Cada campesino tiene cuenta abierta con el *soakar*, á quien paga durante su vida el interés del capital de su deuda, la cual aumenta en las malas estaciones y en ciertos casos, como verbigracia en los casamientos, y disminuye cuando son abundantes las cosechas.

Esta miseria mantiene á la India en una verdadera esclavitud, pero es una esclavitud muy suave; es la servidumbre de las costumbres patriarcales de la Biblia. Muchos hombres abrazan voluntariamente esta condicion: en las épocas de hambre, un padre vende uno de sus hijos para alimentar á los demás, y á veces una familia entera se vende ella misma para poder subsistir. Por unas cuantas rupias se compra el padre, la madre y los hijos, porque estos esclavos son onerosos para quien los compra. El dueño que, á causa de las prescripciones religiosas no puede hacerlos trabajar mas que si estuvieran libres, no ha adquirido con ellos sino una nueva carga, puesto que su trabajo no era suficiente para hacerlos vivir á ellos.

A pesar de esta miseria, los indios no son realmente mas infelices que los pueblos de Occidente: Si algo pudiera tener de bueno su religion seria que, habiendo grabado tan profundamente en ellos la estúpida preocupacion de las castas, ha extinguido al mismo tiempo el foco de muchos sufrimientos morales. En las castas ele-

vadas no existe el mas ligero sentimiento de malevolencia con respecto á las clases bajas, ni en estas ningun sentimiento de envidia, de odio ó de venganza para con aquellas. Esta division no es una institucion humana: los indios creen que emana de Dios, y nunca han calculado sus inconvenientes.

E. B-C.



Interior de una casa india, cerca de Mahé.

sagran á la domesticidad son tanto peor retribuidos, cuanto que las preocupaciones religiosas los mantienen en una especialidad de trabajo del cual no pueden salir jamás; son necesarios veinte criados para hacer el servicio de un ayuda de cámara europeo. Todos estos criados indios son casados, y de su miserable salario envian regularmente á sus mujeres una pension mensual cuando se ven obligados á separarse. Los labrado-

Revista de Paris.

La Semana Santa en Paris se encuentra dividida de un modo singular entre las prácticas de devocion y los espectáculos y placeres mundanos. El juéves y viénes santo la muchedumbre ha concurrido tanto á las iglesias como al paseo de Longchamps, esa fiesta tradicional donde se lucen las nuevas galas de la primavera. Es verdad que la gente aristocrática podia muy bien ir á Longchamps sin descuidar por eso los ejercicios religiosos propios de la semana, y podia muy bien mostrarse en el paseo despues de

los oficios; todo se reducía á que el paseo principiara algo mas tarde, y esto justamente ha sucedido. Empero debemos confesar que en todas las clases de la sociedad francesa, aun entre las personas mas ligeras sobre el capítulo de la devocion, hay un gran respeto por el viénes santo. Muchos fanfarrones de impiedad apelan á la penitencia el viénes santo como las almas mas cristianas.

Sin embargo, repetimos, la devocion no impide que las fiestas profanas de la Semana Santa dejen de tener su brillo acostumbrado. Todos cuantos carruajes posee Paris desde los mas aristocráticos hasta los mas humildes, han de dar una vuelta por los Campos-Eliseos hasta el bosque de Bo-

loña el juéves ó el viénes santo. El uso así lo quiere; es una supersticion de la moda que ha sucedido á un ejercicio religioso, haciendo de una peregrinacion piadosa al monasterio de Longchamps un paseo mundano que el buen tono persiste en mantener, á pesar de las críticas siempre tan acerbas contra las antiguas tradiciones y de los sucesos que con mucha frecuencia interrumpieron estas fiestas del lujo y la elegancia. Pero todas las tempestades se calman, y Longchamps renace siempre en cuanto el horizonte se muestra despejado.

Pero si en el dia estamos muy distantes de aquella peregrinacion devota de otro tiempo, no lo estamos ménos de la

segunda parte del programa. En este punto ha habido progreso; ya no se ve como antes aquel lujo insolente de las cortesanas ostentando las prodigalidades de los grandes señores en espléndidas carretelas de cuatro caballos. En nuestro tiempo nadie comete ya tales locuras, las costumbres han escuchado los consejos de la buena economía, en lo cual si el lujo ha perdido algo, la moral ha ganado mucho.

La lucha no subsiste hoy sino entre las fortunas de origen inequívoco; todo pasa en la arena cortesmente, cada cual se mantiene en su categoría, y la vanidad comete pocos excesos. Es verdad que hay aun ciertos especuladores que se presentan sobre ese terreno á deslumbrar con una opulencia simulada, pero por lo comun se muestran con mas gusto en otras partes que en el paseo de Longchamps donde se pierden entre la muchedumbre, y de seguro quedan eclipsados por el inimitable brillo de la riqueza verdadera. Muchos jóvenes herederos y muchos menores recién emancipados se apresuran á distinguirse en ese campo de la moda, armados de punta en blanco; este año se han visto algunos mas que de costumbre, y en cambio se notaba la ausencia de los afortunados devotos á las peripecias del 3 0/0 que ordinariamente no pierden la ocasion de mostrarse donde quiera que sea con el reluciente barniz de sus millones. Pocos, sin embargo, los echarian de menos, al ver reunidas en aquellas fiestas todas las demás aristocracias, con un crecido número de extranjeritos que acuden ya á presenciar la apertura del palacio de la Industria, y sobre todo con una muchedumbre de curiosos que en vano querian circular por las arboledas, en esqueleto todavía, de los Campos-Eliseos. Y eso que, á decir verdad, no hacia un tiempo de primavera.

Otro progreso tenemos que señalar en las fiestas de Longchamps, y es la desaparicion de aquellas extravagancias en el vestir que salian á luz en otro tiempo, bajo el pretexto de que Longchamps es el teatro en donde se estrenan las modas nuevas, de suerte que muchas personas tenian la pretension de producir efecto sobre aquella escena abierta á los ensayos mas atrevidos, y de hacer adoptar al mundo elegante las rarezas laboriosamente creadas por su capricho. Pero la preocupacion que hacia de Longchamps un congreso de las modas nuevas no existe ya sino entre los sastres y modistas; todas las señoras elegantes se mostraron el jueves y el viernes en trajes muy sencillos, y sobre todo de invierno. ¡Triste desengaño para los curiosos, y para los muchos que deploran que todos los usos antiguos se vayan perdiendo!

Pero he aquí otra costumbre, tambien de Semana Santa, que no se pierde.

El miércoles se abrió á las seis de la mañana, como lo manda la tradición, la famosa feria de los jamones que dura hasta el viernes. El gentío que en ella se vió es imponderable. El ancho y solitario paseo del boulevard Bourdon se hallaba adornado en las tres cuartas partes de su longitud con una doble hilera de puestecillos donde figuraban los productos de la salchichera de los departamentos, descollando entre todos ellos los famosos jamones de Bayona coronados de verdes laureles; un monton de carretas que habia detrás servia de trastienda á todos estos puestos guarnecidos de carnes aderezadas que despedian aquellos apetitosos perfumes que tanta ilusion causaron á Sancho Panza en las bodas de Camacho.

Se calcula en mas de 500,000 kilogramos la cantidad de mercancías que se han expuesto este año. Los parisien-ses se han apresurado á hacer sus provisiones temiendo que á consecuencia de la Exposicion Universal se encarezca mas aun este artículo indispensable.

Creemos haber dado ya en otra ocasion una sucinta noticia sobre esta feria anual de los jamones, que en otros tiempos se celebraba en la plaza del atrio de Nuestra Señora; hoy nos contentaremos, pues, con señalar un hecho curioso ménos conocido que los demás, y es que los jamones que se ponian en venta despues que pagaban el diezmo eran bendecidos solemnemente por el clero. Los antiguos rituales encierran un *oramus* de circunstancia especialmente consagrado á los jamones. En el dia subsiste aun la costumbre entre los parisien-ses de desquitarse con un rico jamon durante las Pascuas, de las abstinencias de la cuaresma; pero el diezmo y la bendicion cayeron en desuso hace mucho tiempo.

Una anecdota muy curiosa y que todos los periódicos de Paris han repetido tuvo lugar en esta feria:

Dos caballeros de industria disfrazados con el traje de campesinos, exploraban el juéves las tiendas de jamones. Uno de ellos llevaba colgada del brazo una cesta tapada, y en la mano llevaba un salchichon; el otro, no llevaba nada mas que la palabra cuando se acercaban á alguna tienda.

El último se acercaba, pues, á una barraca, teniendo buen cuidado de escoger aquella en donde se veia mas gente, y allí designando un salchichon, preguntaba su precio al salchichero.

— Es tanto, respondia este.

— Muy caro.

— ¡Ah!

— Muy caro, y luego no me parece fresco.

— ¿Qué no está fresco? gritaba el mercader; fresco como una lechuga, vea Vd.

Y al decir esto le ponía el salchichon en la mano.

El comprador le miraba atentamente, le aproximaba á su nariz, hacia una mueca, y por último aprovechando el primer instante en que el mercader volvía la cabeza, el salchichon pasaba al compañero de la cesta, que devolvía en cambio á su camarada el que llevaba en la mano. Entónces el que ajustaba decia al amo:

— Ofrezco tanto.

— Dése Vd. por ahí una vuelta mañana temprano, respondia el mercader, y tomaba el salchichon que le ponian delante, y le arrojaba con los otros.

Pero los industrioses señores habian contado sin un mu-

chuelo, el hijo del salchichero que, habiendo presenciado la sustitucion, preguntó ingenuamente á su padre:

— Díme, ¿porqué esos dos hombres cambian el salchichon que te quieren comprar por el que llevan ellos?

Al oír estas palabras, nuestros personajes no juzgan conveniente suministrar explicacion ninguna, y echan á correr abandonando su presa. Les fueron detrás, pero ellos se abrieron paso por entre todo el mundo, y en su precipitacion arrojaron la cesta. Por fin, les perdieron de vista, abrieron la cesta, y hallaron en ella once salchichones, cuatro lenguas aderezadas y tres sartas de chorizos. Mientras esto pasaba el mercader examina el salchichon que le habian dejado en cambio.

— Lo que es parecerse, se parece, decia, la forma es igual, pero vamos á ver lo que tiene dentro del cuerpo.

Y con su navaja le corta en dos pedazos... ¡asombro inmenso!... el salchichon estaba lleno de salvado.

Todo se explica entónces; los dos individuos querian hacer sus provisiones sin gastar un cuarto: registran los que habia en la cesta; los once salchichones estaban fabricados con el susodicho ingrediente, y los chorizos salian de la misma fábrica. En cuanto á las lenguas tenian la misma corteza que tienen todas, pero el interior era un pedazo de barro de hacer cazuelas. Todo ello fué arrojado al rio en medio de las risas de la concurrencia.

De esta anecdota pasaremos sin mas transicion á otra de muy distinto género:

Un escultor, artista de algun talento en cortar la piedra, se imaginó haber desempeñado un papel muy importante en este mundo. Por consiguiente, debia pensar en dar al público su biografía que por lo ménos habia de constar de un par de tomos apultados. Con este objeto nuestro escultor reunió un legajo enorme de documentos, cartas, periódicos y carteles, en una palabra, un legajo que contendrá cuantos elementos constitutivos entran en la vida de un hombre. Solo una cosa le faltaba, y era un autor que escribiera el libro.

El artista se informó de varios, y la otra mañana uno de los autores mas célebres de Paris sintió que llamaban á su puerta.

— ¿Quién es?

— Un amigo.

— Diga Vd. su nombre si quiere entrar en mi cuarto.

— Soy el famoso X..., y quisiera hablar con Vd. de un asunto de la mayor importancia.

— Adelante, dijo el escritor abriendo la puerta.

— Caballero, exclamó el artista, he aquí en dos palabras el asunto que me trae á Vd.; quiero dar al público mis *Memorias*, es una moda del dia, y es tambien un derecho y una cosa muy justa.

— El proyecto me parece muy natural, pero, á decir verdad, no veo...

— ¿En qué le atañen á Vd. mis *Memorias*?

— Justamente.

— Me va Vd. á comprender inmediatamente. Yo soy un artista, un escultor, que sabe manejar el cincel, pero que ignora el uso de la pluma. ¿Tendrá Vd. la bondad de encargarse de esta tarea secundaria?

El escritor vaciló un instante ántes de responder, y luego dijo:

— Con mucho gusto, señor mio, escribiré por Vd., pero con una condicion.

— Veamos.

— Es que cuando haya concluido mi trabajo, despues de recibir el precio convenido, me hará Vd. una estatua ecuestre de mi persona en mármol.

El escultor conoció la burla y se fué con sus pretensiones á otra parte.

Otra noticia, pero en esta se trata de un escritor verdadero, de grande y merecida fama. M. de Lamartine, ya que debemos llamarle por su nombre, se declara vencido por el trabajo, y habla de suspender sus tareas literarias. Lo que su pluma ha producido desde 1848 parece increíble; echadas bien las cuentas, M. de Lamartine ha debido consagrar catorce horas diarias al trabajo. ¡Qué de artículos de periódicos! ¡Cuánto libro! ¡Cuántas novelas y cuántas historias! Pero al fin, la naturaleza se subleva, los años y el cansancio dicen al escritor: «Ya basta.»

Recapitemos las obras que ha dado á luz en ese período: *la Historia de la Revolucion de 1848*, dos volúmenes; *el Tailleur de Saint-Point*, dos volúmenes; *la Historia de la Restauracion*, seis volúmenes; *Genoveva*, dos volúmenes; *la Historia de los Constituyentes*, diez volúmenes; *la Historia de la Turquía*, ocho volúmenes; además ha redactado él solo un periódico mensual, *el Civilizador*, erizado de estudios históricos y de biografías, y ahora está dando la última mano á una *Historia de Rusia* en cuatro volúmenes. Total, cuarenta y seis volúmenes en cuatro años; en otras épocas se gastaba ese tiempo no en escribir, sino en leer treinta volúmenes.

Pero en fin, M. de Lamartine no quiere ni puede continuar ese oficio terrible, y concluida la *Historia de Rusia* se volverá á su casa de campo, y pulsará de nuevo aquella lira á que debe el principio de su reputacion, el fundamento de su gloria.

MARIANO URRABIETA.

El grillo doméstico.

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

John tomó á mistress Peerybingle en sus brazos y la puso en la carreta, y luego hizo lo mismo con Tilly, despues de haberla desembarazado del niño que la devolvió en cuanto se halló bien instalada.

— ¿No has olvidado nada, John? gritó mistress Peerybingle: el pastel y el jamon ¿dónde están?

— No tengas cuidado que todo está aquí, respondió John á su vez: ¡hup, hup! exclamó dando un latigazo al caballo que se despertó y salió al trote.

— Pero ahora me acuerdo, dijo John despues de un rato; y el viejo gentleman ¿qué va á ser de él durante nuestra ausencia? Hay que confesar que es un personaje muy curioso; sin embargo yo no lo creo malo.

— ¡Oh! no, dijo mistress Peerybingle, no lo es, yo te respondo.

— En todo caso paga como un príncipe, repuso John, y no veo el menor inconveniente en que se quede en casa. Esta mañana hablé mucho con él, y al cabo de cinco minutos de conversacion, parecia que se habia hecho á mi voz. Me contó su historia, y yo le hablé de mis negocios, en una palabra, hemos quedado muy contentos uno de otro... pero Dot, no me escuchas, ¿en qué piensas?

— En nada, John, te escucho.

— Muy bien, repuso el honrado ordinario, pero á juzgar por la expresion de tu rostro, habria creído que pensabas en otra cosa y que mi conversacion te fastidiaba.

Por toda respuesta Dot suspiró tristemente.

Caminaron en silencio durante algunos minutos, pero este silencio pronto se interrumpió porque John Peerybingle era conocido de todo el mundo, y cambiaba algunas palabras amistosas con casi todos los transeuntes.

Además, Boxer que iba delante, señalaba por todas partes la aproximacion de la carreta. Boxer se multiplicaba de un modo increíble; corria aquí y allá, persiguiendo á los palomos y á los gatos, y entrando en todas las posadas con el aplomo de un antiguo parroquiano.

— Aquí está Boxer, decian al verle entrar, vamos á saludar á John Peerybingle y á su bonita esposa.

Y luego John tenia muchos encargos que distribuir por el camino, y por consiguiente debia detenerse á menudo, lo que ocasionaba naturalmente conversaciones mas ó ménos largas, mas ó ménos interesantes.

Sin embargo, Dot tenia deseos de llegar pronto, pues el tiempo estaba frío y oscuro, por cuyo motivo regañaba á su marido por su charlataneria, lo que no la impedía tomar en la conversacion una buena parte.

Por fin estaban cerca. Ya se distinguía la casita de Caleb donde hacia diez minutos que Boxer habia precedido á la familia, tanto que al apearse del carruaje encontraron á la joven ciega y á su padre que les esperaban á la puerta.

Boxer lamó las manos de Berta á quien trataba con un afecto particular y lleno de delicadeza, lo que podia hacer suponer que comprendia instintivamente la desgracia de la joven.

Como ejemplo dirémos que jamás trataba de llamar su atencion mirándola como tenia costumbre de hacerlo con las demás personas, y jamás se acercaba á ella con su ordinario atropellamiento.

May Fielding y su madre habian llegado hacia una hora.

Mistress Fielding era una mujercita delgada y bachillera, que tenia aun sus pretensiones y que no las disimulaba. A su lado estaba sentado Gruff y Tackleton haciendo el hombre amable.

— May, mi buena amiga, exclamó Dot lanzándose hácia ella; ¡cuánto me alegro veros!

May participaba de la alegría de su antigua compañera de escuela á quien abrazó tiernamente; el grupo que formaban era encantador; seguramente Tackleton habia sabido escoger una mujer hermosa.

Tackleton habia llevado una pierna de carnero asada, y ¡cosa sorprendente! habia unido á ella una empanada; pero la gente no se casa todos los dias, y Tackleton habia creído deber mostrarse pródigo á los ojos de la mujer que iba á ser su esposa.

Despues de los cumplimientos ordinarios, cada uno se sentó á la mesa. Tackleton condujo á su futura madre política al puesto de honor; Caleb se sentó junto á su hija; Dot y su compañera de escuela se pusieron una al lado de otra, y el buen ordinario se fué á sentar á la extremidad de la mesa.

Los títeres y las muñecas parecia que contemplaban todos aquellos preparativos con un vivo interés y formaban un alegre círculo de espectadores á los convidados. Si conservaban algun resentimiento contra Tackleton, y verdaderamente podian conservarle, la ocasion era magnífica para reírse á sus expensas, pues por mas que queria darse un aire amable y alegre, solo lograba sonreírse del modo mas grotesco.

— ¡May! dijo mistress Peerybingle, ¡cuántos cambios! Pero hablemos de nuestras locuras de otros tiempos, esto nos hará mas jóvenes.

— Al oírse se diria que ya no sois jóvenes, dijo Tackleton; ¿cuántos años tenéis?

— Preguntad qué edad tiene á mi marido, respondió mistress Peerybingle; cuenta á lo ménos veinte años mas que yo, ¿no es verdad, John?

— Cuarenta, dijo el ordinario.

— Ignoro seguramente, dijo mistress Peerybingle á Tackleton sonriéndose con malicia, cuántos años añadiréis á la edad de May, pero me imagino sin embargo que á su próximo aniversario de nacimiento tendrá por esa cuenta como un centenar de ellos.

— Ja, ja, ja, exclamó Tackleton queriendo reír y mirando á Dot como si hubiese deseado ahogarla.

— ¡Ah! querida mia, continuó Dot, ¿os acordais del lenguaje que empleábamos cuando hablábamos en la

escuela de nuestros futuros maridos? ¡Qué hermosos debían ser, qué jóvenes, qué amables! Y verdaderamente no sé si debo reír ó llorar cuando pienso en todas aquellas locuras.

May no participaba de esta incertidumbre, pues se sonrojó de repente y brillaron en sus ojos algunas lágrimas.

— Pero ya estais viendo, dijo Tackleton, que no podiais resistiros á nosotros; ¿dónde están pues ahora todos aquellos galanes tan bonitos de vuestros sueños?

— Los unos ya no existen, dijo Dot, y los otros están olvidados. La mayor parte de ellos si pudieran vernos en este instante, estoy segura de que no reconocerian en nosotras aquellas criaturas de otro tiempo.

— ¿Y cómo es eso? preguntó el ordinario ingenuamente.

Dot había hablado con tanta animación que necesitaba cobrar aliento, pero su marido no insistió, pues había tratado de intervenir solo con el objeto de hacer causa común con el viejo Tackleton, cuya defensa creía debía tomar caritativamente. Por lo demás, su buena voluntad era inútil, pues la mujer había enmudecido.

May callaba también y parecía no tomar ninguna parte en lo que pasaba en torno suyo, pero su madre rompió este silencio monótono discutiendo durante un cuarto de hora sobre las locas imaginaciones de las jóvenes y las peligrosas ilusiones con que se lisonjean antes de entrar en el mundo. Después, por una asociación de ideas muy singular, hizo una pequeña confesión de sus propios errores, teniendo buen cuidado de añadir que acabó por reconocerlos cuando se casó con M. Fielding.

Esta interesante confesión la condujo naturalmente á ensalzar las virtudes de su difunto esposo, á quien había detestado siempre, entre paréntesis, y las excelentes cualidades de M. Tackleton á quien consideraba, decía ella, como el hombre más propio para hacer la felicidad de su hija May.

Por último, concluyó diciendo que su experiencia la había demostrado que las personas más dichosas en su casa son invariablemente aquellas mismas que se casan contra sus primeras inclinaciones.

Terminado este discurso moral con gran satisfacción de los presentes, John Peerybingle propuso un brindis á la salud de mistress Fielding y de los futuros esposos. Después de haber apurado su copa un par de veces, John se levantó para marcharse, pues bueno será advertir que tenía que andar aun cuatro ó cinco millas antes de venir á buscar á Dot para llevarla á casa.

Además de los desposados, había allí dos personas que permanecieron muy indiferentes á los brindis de John; una de ellas era Dot que á fe mía pensaba en cosas muy distintas, y la otra era Berta que se levantó de la mesa con mucha prisa.

— Hasta la vuelta, dijo John Peerybingle endosándose su capote, pronto estaré aquí, buenas noches, buenas noches. Pero Dot, ¿dónde está mi pipa?

— Se me ha olvidado, John.

— ¡Olvidar mi pipa! repuso John; aquí pasa algo de extraordinario, ¿Dot ha olvidado mi pipa?

— Espera un segundo, John, dijo mistress Peerybingle, voy á prepararla.

Pero Dot estaba aquel día, no sé porqué, de una torpeza inaudita, su mano temblaba, y solo á fuerza de mucho trabajo llegó á llenar aquella tarea familiar que desempeñaba todos los días con gran aplauso de su marido.

— Estás de una torpeza poco común, dijo el ordinario á su mujer, y habría debido ahorrarte este trabajo.

Después de haber dicho estas palabras lisonjeras, John salió del cuarto, y en breve se oyeron los ladridos del perro y el ruido de la carreta que se alejaba con una velocidad inusitada.

— Berta, dijo con dulzura Caleb, que hasta entonces no había cesado de observar la fisonomía de su hija, Berta, ¿qué sucede? ¿Cómo has cambiado tanto desde esta mañana? ¿Qué tienes para estar tan triste?

— ¡Oh, padre mío, padre mío! exclamó la joven deshaciéndose en lágrimas; ¡qué desgraciada soy! ¡qué desgraciada soy de no tener vista!

— ¡Pobre hija mía! dijo Caleb con una emoción desgarradora; pero hasta ahora siempre has estado tan alegre, siempre has estado tan feliz... ¿olvidas que todo el mundo te quiere?

— Eso me parte el corazón, mi querido padre, siempre tan bueno y tan afectuoso para mí.

Caleb no comprendía.

— Ser... ser... ciega, Berta, querida mía, dijo tartamudeando, es ciertamente una grande aflicción, pero...

— Jamás, exclamó la joven, jamás había comprendido toda la extensión de mi desgracia. A veces he deseado veros, verle un solo instante, querido padre, un solo minuto, añadiendo poniéndose las manos sobre el corazón, y no perderle nunca! Y á veces, pero era muy niña entonces, lloraba por la noche al rezar, cuando me venia al pensamiento que vuestras imágenes, elevándose de mi corazón hacia los cielos, podían no ser verdaderas. Pero nunca estos pensamientos se arraigaban en mí, al contrario desaparecían y recobraba mi sosiego, mi felicidad.

— Ahora sucederá lo mismo, dijo Caleb.

— ¡Ah! padre mío, mi tierno, mi querido padre, perdonadme si pienso mal, dijo la joven, no es esto lo que causa mi infortunio.

El pobre padre lloraba amargamente, pero no comprendía todavía.

— Llevadme junto á ella, dijo Berta; no tengo fuerzas para guardar mi secreto; llevadme junto á ella.

Y notando que su padre vacilaba, exclamó:

— ¡May! venid aquí.

May acudió al grito: la joven ciega tomó al punto las dos manos de May entre las suyas.

— Miradme bien, querida mía, dijo Berta; leed en mi rostro con vuestros ojos encantadores, y decidme la verdad si la veis escrita.

— Sí, querida Berta.

El rostro de la joven estaba inundado de lágrimas.

— No hay en mi corazón, dijo, un solo deseo, un solo pensamiento que no pida vuestra felicidad, hermosa May; no hay en mi alma un sentimiento de gratitud que no se halle borrado por el recuerdo de todas las tiernas atenciones que habeis prodigado á la pobre ciega desde nuestra infancia. Bendita seas, May, bendita seas y muy dichosa, aunque en este día (y la estrechó tiernamente contra su corazón), aunque en este día el corazón se me haya desgarrado al pensar que os ibais á casar con él. ¡Padre mío! ¡May! ¡Dot! perdonadme este amor en recuerdo de todo lo que él ha hecho para dulcificar mi triste existencia, perdonadme, pues el cielo me es testigo que aun experimento un júbilo más grande al ver que se casa con una mujer digna de él.

Berta había abandonado las manos de May cuyos vestidos tocaba en una actitud suplicante. Cuando acabó de hablar, se dejó caer á los pies de su amiga y ocultó su cabeza entre los pliegues de su vestido.

— ¡Dios omnipotente! exclamó el pobre padre aterrado bajo el peso de aquella horrible verdad; ¡con qué la he engañado desde su cuna para desgarrarla un día las entrañas!

Por fortuna para todos estaba allí Dot, la buena y servicial criatura, pues debemos acordarla estas cualidades, y sin embargo, quizás un día nos veremos obligados á aborrecerla; de otro modo no sé como habría concluido todo aquello. Pero Dot recuperando su sangre fría la primera, se apresuró á intervenir, sin dar tiempo á Caleb ó á May para que pronunciaran una palabra.

— Vamos, valor, querida Berta, la dijo, venid conmigo; dadla el brazo, May; mirad, ya está mejor. ¡Cuánto nos quiere! añadió la cariñosa Dot besando la frente á la joven. — Venid conmigo, querida Berta, y vos también, Caleb.

Y cuando sacó de allí al pobre Caleb y á Berta á quienes dejó llorar juntos, volvió á entrar en el cuarto.

Poco tiempo después se oyó el ruido de un carruaje y los ladridos de un perro; era el ordinario que venia en busca de su mujer.

— ¿Qué ruido es ese? exclamó Dot en el momento en que entraba su marido.

— ¿Pero que no me estás viendo? contestó el ordinario en el umbral de la puerta.

— Hay alguien detrás de ti, repuso Dot.

— No te se puede ocultar nada, ya lo veo, dijo John riendo. Entrad, caballero, seréis bien recibido; no temais nada, continuó alzando la voz.

A estas palabras, se vio entrar al viejo gentleman sordo.

El ordinario estaba muy alegre, y acercándose á su mujer la dijo, tomándola por el tallo:

— Vamos, picaruela, todavía estás enfadada conmigo, ¿no es verdad? Estaba seguro de ello, pero da las buenas noches á nuestro amigo Dot, añadió mostrándole el viejo.

Dot bajó los ojos temblando.

— ¿No sabes, repuso el ordinario, que te admira y te ama de todo corazón? En todo el camino no me ha hablado más que de tí, y francamente le he cobrado amistad.

— Siento no merecer mejor esa admiración, John, repuso Dot mirando en torno suyo con aire cortado, sobre todo cuando sus miradas se encontraron con las de Tackleton.

— Pero ya es tiempo de volver á casa, dijo el ordinario; ¿estás dispuesta, Dot?

— John Peerybingle, dos palabras antes de que os marcheis, dijo en voz baja Tackleton.

— Hablad.

— Lo que tengo que revelaros es muy triste, siento en el alma lo que pasa. ¡Ay! ya me lo había figurado...

— ¿Pero qué sucede? preguntó el ordinario.

— Silencio, venid conmigo... vais á ver.

Y sin añadir una sola palabra el ordinario siguió á Tackleton. Atravesaron un patio alumbrado por la claridad de las estrellas y entraron en el almacén de Tackleton; en este almacén había una ventanilla que daba al cuarto de Caleb.

El almacén no estaba alumbrado.

— Esperad un momento, dijo Tackleton; tendréis valor para mirar por esa ventana?

— ¿Y porqué no? exclamó el ordinario.

— Paciencia todavía, dijo Tackleton; no cometáis ninguna violencia, pues de nada serviría, además que sería peligroso; sois muy fuerte, y en un soplo se comete un asesinato.

El ordinario miró á Tackleton y retrocedió un paso, como herido de muerte, pero luego armándose de resolución atravesó de un brinco la distancia que le separaba de la ventana y vió...

— ¡Oh desgracia! ¡Mujer infame!

Vió á Dot con el forastero, que no era un viejo sino un joven elegante y hermoso. El forastero tenía en su mano la peluca de canas que le valió la hospitalidad en la casa para siempre desolada.

John descubrió que se inclinaba y hablaba en voz

baja á su mujer, y vió á su mujer que le sonreía con ternura y le tendía la mano.

John apretó sus puños convulsivamente como si hubiese querido estrujar á un león, pero en breve repuesto de este primer movimiento, se dejó caer aniquilado por la emoción.

Por último cediendo á las amonestaciones de Tackleton, atravesó el patio y se fué á plantar junto á la carreta esperando á su mujer.

— Buenas noches, buenas noches, gritaba Dot un momento después subiendo al carruaje donde ya se había instalado el viejo impostor. ¿Pero dónde está John? ¡John, John!

— John quiere hacer el camino á pié guiando el caballo, respondió Tackleton.

— ¡Hacer el camino á pié con una noche tan fría! John, no puede ser eso.

Pero John, con la cabeza envuelta en un pañuelo, no respondió; dió de latigazos á su caballo y se puso en marcha. Boxer en su ignorancia de las cosas que acababan de pasar, corría delante y detrás ladrando tan alegremente como de costumbre.

Después de la marcha de sus convidados, el pobre Caleb se sentó junto á la lumbre con su hija, á quien se puso á contemplar con una amarga tristeza, acusándose de haberla desgarrado el corazón.

Un profundo silencio reinaba en el cuarto. Los juguetes que se habían puesto en movimiento para entretener al niño de Dot, habían vuelto á recobrar su inmovilidad hacia largo rato.

Habríase dicho que aquellos caballos, aquellos animales de toda especie, con sus miradas fijas y sus ojos abiertos, se hallaban como petrificados por la sorpresa, después de haber sido testigos de la perfidia de Dot, y de las tiernas confesiones dirigidas á Tackleton por la joven ciega.

III.

Daba las diez el reloj cuando el ordinario se fué á sentar junto á la chimenea.

Sus facciones se hallaban profundamente alteradas por el dolor; su corazón estaba desgarrado, aquel corazón tan lleno de amor por Dot, aquel corazón tan tierno, tan afectuoso para ella... Aquel pobre corazón era tan sencillo y tan recto, tan fuerte para el bien, tan débil para el mal, que desde aquel suceso nefando, apenas quedaba en él un sitio para conservar la imagen hecha pedazos de su ídolo.

Pero poco á poco y en tanto que el ordinario reflexionaba cerca de la chimenea ahora fría y lúgubre, terribles pensamientos atravesaban por su mente como una tempestad que sopla en la noche.

El forastero estaba en la casa que había mancillado... No había que subir más que tres escalones para llegar á la puerta de su cuarto... de un solo golpe podía derribar la puerta...

— *En un soplo se comete un asesinato!* había dicho Tackleton. — ¿Pero sería un asesinato si daba tiempo para defenderse al infame?... ¿El forastero no era joven y vigoroso?...

Horribles pensamientos que impelían á John á cometer un crimen cuyo recuerdo cambiaría su alegre morada en una casa maldita á cuya proximidad temerian pasar los viajeros durante la noche.

¡Aquel joven era sin duda el objeto de un primer amor! ¡Horrible pensamiento!

... Después de haber acostado al niño, Dot bajó al cuarto donde estaba John, se acercó á su marido, y colocó á sus pies el banquillo.

El ordinario no notó la presencia de su mujer hasta que sintió una mano que tocaba la suya, y hasta que vió los ojos de Dot que le miraban.

(Se continuará.)

Exposicion Universal.

Como saben ya nuestros lectores (véase el núm. 100) el palacio de la Industria construido en los Campos-Eliseos, fué juzgado insuficiente para la gran cantidad de productos que han de exponerse en él, y hubo que construir una dependencia. El edificio principal se compone de un local vastísimo cubierto subdividido en muchas salas ó galerías. La dimension total en longitud es de 254 metros, y en anchura de 110 metros 40 cent. Compónese de un vasto salon central de unos 200 metros de largo sobre 48 de ancho, con 35 metros de alto bajo la llave de la inmensa cubierta de hierro. Esta galería está sostenida por columnas de hierro hasta la altura del suelo de la galería, y está subdividida en veintitres bovedillas á la distancia de 8 metros.

Este gran rectángulo se halla rodeado de una gran galería de 24 metros de anchura subdividida en el piso bajo por columnas y sosteniendo el suelo de la galería del primer piso á la distancia de 12 metros. En el primer piso esta galería cubierta produce en su desarrollo en torno de la nave central una longitud de unos 620 metros.

Estas grandes galerías dan vista á la nave principal y una elegante balaustrada colocada al rededor, permitirá al público abrazar de una ojeada todo el salon central desde lo alto de las tribunas del primer piso.

A este primer piso de las galerías se llega por doce grandes escaleras colocadas en seis pabellones que hay en el gran perímetro de los muros de piedra que forman el circuito del palacio.

Estos pabellones son:

El pabellón del Norte ó edificio de administración que contiene además de dos grandes escaleras de piedra, las diferentes salas de recepción, alojamiento del director, oficinas, vestuarios, cuerpos de guardia, etc.

Por este pabellón tendrá lugar la entrada principal. Una puerta monumental de 15 metros de diámetro con unos 20 metros de alto, da acceso al vestíbulo del piso bajo, donde principian las escaleras que conducen al primer piso y donde desembocan las diferentes salidas de los servicios generales.

Esta entrada triunfal se halla coronada con un grupo representando á la Francia coronando á la Industria, al Comercio y las Artes. Por ambos lados se ven, coronando dos grandes contra-fuerzas adornados de columnas corintias, dos grupos de niños ó genios sosteniendo cartuchos adornados con las armas y cifras del Emperador.

Debajo del grupo central y en la anchura de la puerta hay un friso representando á la Industria y las Artes ofreciendo sus productos á la Exposición Universal. A los lados del arco hay dos grandes Famas, y bajo el pórtico de entrada se halla esculpido un cuadro relativo á las Artes y á la Industria.

Cuatro pabellones con dobles escaleras que ponen en comunicación el piso bajo con el principal, donde hay además salidas exteriores y vestuarios, existen al extremo de las grandes galerías laterales, á saber: los pabellones Noroeste, Sudoeste, Surdeste y Nordeste. Por fin, el último pabellón llamado del Sur, encierra dos grandes escaleras y un gran vestuario de entrada en el piso bajo y el principal.

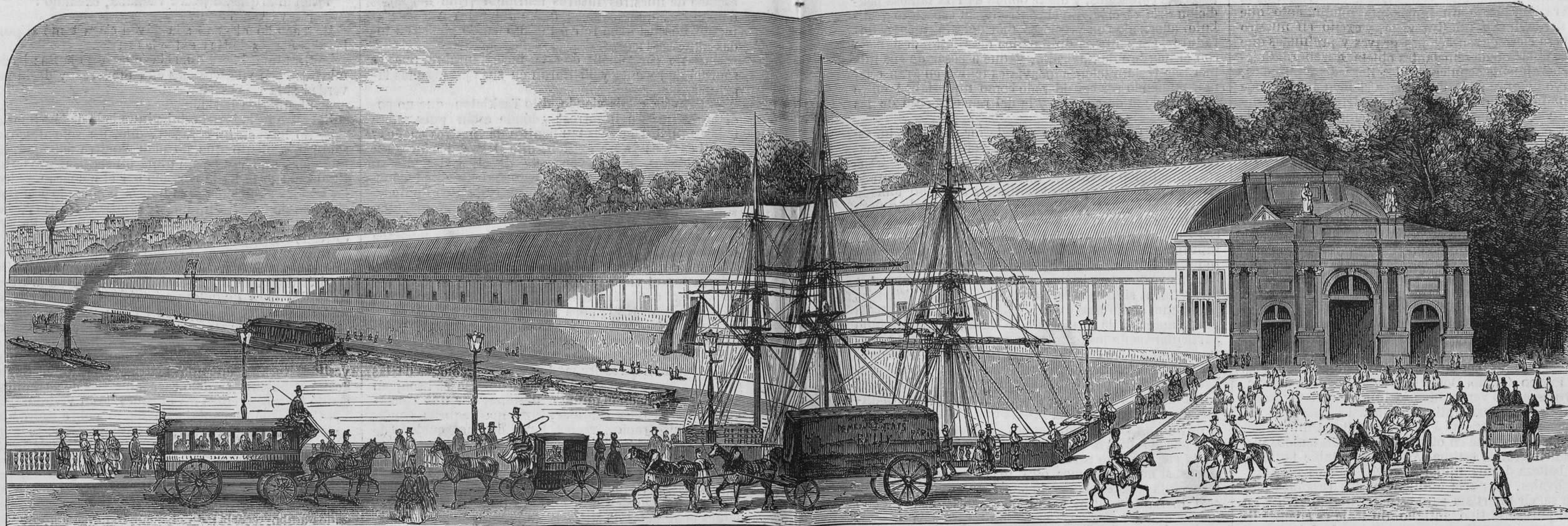
Tal es el conjunto general del palacio de la Industria propiamente dicho. Su construcción es mixta. El circuito exterior y los pabellones son de piedra y el interior es de fundición y de hierro. Doscientos ochenta y ocho columnas de fundición, de un diámetro de 35 cent., y de 9 metros de altura sostienen en el piso bajo los travesaños de hierro, el suelo de las galerías laterales y las cubiertas de la nave central.

En el primer piso hay setenta y dos columnas ménos por la supresión de las dobles galerías laterales que existen en el piso bajo.

En el muro exterior hay grandes ventanas por donde se alumbran las galerías altas y bajas; y además los techos de las galerías laterales y de la nave principal están cubiertos con cristales limados que dejan penetrar una luz suave y favorable para la exposición de los productos.

El palacio de la Industria presenta en el piso bajo una superficie de 27,000 metros cuadrados, y en las galerías superiores una superficie de unos 18,000 metros cuadrados; por consiguiente entre el piso bajo y las galerías superiores tenemos una superficie total de 45,000 metros cuadrados.

Al punto se creyó como hemos dicho que en todo este espacio podrían caber los productos de la industria; pe-



Galería dependiente del Palacio de la Industria, sobre el muelle de la Conferencia, en los Campos-Elísées.

ro el palacio de Cristal de Londres tenía 86,000 metros cuadrados, de modo que ha habido que construir una dependencia, y en efecto, en una longitud de 1,200 metros se ha elevado una vasta galería que cubre todo el muelle desde la plaza de la Concordia hasta Chaillot, añadiendo por este medio al lugar de la Exposición una superficie de 30,000 metros cuadrados.

Sin embargo, tampoco esto bastó; y á instancias de los comités extranjeros que reclamaban contra la pequeñez de los espacios concedidos, se establecieron galerías en la parte superior de la dependencia con lo cual se han conquistado aun mas de 8,000 metros.

De este modo la superficie total ocupada por la Exposición Universal abraza por una parte 45,000 metros en el edificio principal y por otra mas de 38,000 metros en la dependencia, lo que representa unos 84,000 metros, ó sea un espacio casi igual al de la Exposición de Londres donde se habia malgastado mucho puesto en fondas, cafés, etc.

En el palacio entrarán con preferencia los productos manufacturados propiamente dichos, y en la dependencia se expondrán principalmente las máquinas y las materias primeras; como en la Exposición de Londres habrá calderas que pongan las máquinas en movimiento.

La comision ha sacado el mejor partido posible del espacio de que podia disponer. Sobre los 45,000 metros de superficie que ofrece el edificio principal en los dos pisos, hay cerca de 4,000 ocupados por el medio del cruceiro que forma el espacio principal; quedaban por consiguiente 41,000, sobre los cuales la superficie utilizada es de 14 ó 15,000, pues lo restante consiste en calles y pasajes secundarios arreglados de modo que el público pueda circular fácilmente y no dejar de ver ningun producto.

Tambien se ha tenido un cuidado especial en hacer que los productos se muestren con todas sus ventajas y sin perjudicarse unos á otros. Los escaparates y casillas se sometieron á varias categorías con dimensiones uniformes, sin coartar por eso la libertad de los expositores, para arreglar y disponer su instalacion á su manera, dentro de sus limites. Unicamente los del cruceiro debieron hacer aprobar ántes sus proyectos.

La reparticion entre las diferentes naciones se operó con la mayor justicia. De los 84,000 metros de superficie total que ocupa la Exposición, la Francia se reservó 37,000 ó sea ménos de la mitad, en tanto que la Inglaterra se reservó en Hyde-Park 50,000 sobre 85,000. Construyéndonos mas especialmente á la reparticion del espacio en el edificio principal, diremos que la Francia ocupa el piso bajo de todo el lado Norte y el medio de las galerías situadas encima. La Inglaterra ocupa como la mitad del lado Sur; los Estados- Unidos, la Bélgica, la Austria y el Zollverein ocupan la otra mitad, y tienen tambien su parte correspondiente en las galerías superiores. La Francia ocupa igualmente el medio del primer piso del lado Norte, y tiene á su izquierda la España, el Portugal y la Suiza, y á su derecha la Cerdeña y los demás Estados de Italia.



Fachada del pabellón y de la entrada principal del Palacio de la Industria.

Apuntes de un viaje de Nápoles a Roma (1).

Un camino de hierro que abrazase las dos capitales que en el epigrafe de este artículo nombramos, reduciría a siete u ocho horas las treinta y tantas que al presente emplean las diligencias que lo recorren, debiendo ser al mismo tiempo una empresa de reconocido lucro para las personas que la acometiesen, al paso que una ventaja indisputable para entrambos Estados.

Pero si bien esta clase de mejoras ha recibido de algun tiempo acá en Italia un impulso notable, el papa se ha negado obstinadamente por su parte á la realizacion de un proyecto que el espíritu de la época y las circunstancias locales evidentemente reclaman.

Contento con las veinte ó treinta mil personas que van á aumentar durante una parte del invierno la poblacion de su capital, dejando en ella considerables riquezas, juzga como cosa arriesgada aun esta clase de innovaciones, temiendo que puedan abrir la puerta á otras mas peligrosas, y piensa continuar de esa manera la mision fraternal y civilizadora de sus predecesores.

Respetando, como debemos, tan calificada opinion, no nos es posible sin embargo aplaudirla; y por mas que se haya dicho de los caminos de hierro que han hecho desaparecer la poesia de los viajes, y que con ellos *on arrive, mais on ne voyage pas*, segun la expresion de un ingenioso articulista francés, nosotros los creemos preferibles á los antiguos en la mayor parte de los casos, y señaladamente en países donde las diligencias y posadas no se hallan sobradamente bien organizadas. La bellezas, in embargo, de estas campiñas compensa hasta cierto punto semejante falta, y por esta vez al ménos confesamos que no nos pesa recorrerlas mas despacio, saboreando de ese modo con mayor holgura los recuerdos que á cada paso despiertan, y recreando nuestros ojos con el variado panorama que ante ella se desarrolla. Campos fertilísimos, frondosas alamedas y viñedos acariciados por un ambiente creador y apacible, y protegidos por un cielo purísimo: tal es el espectáculo que por ambos lados del camino se nos ofrecia hasta llegar á la importante ciudad de Capua, plaza bien fortificada y guarnecida, que vé correr mansamente á sus piés y perderse en caprichosos giros el caudaloso Volturno. El terreno empieza á formar entonces ligeras ondulaciones, y allá á lo lejos las montañas del Abruzzo levantan sus azuladas cumbres, y cierran el horizonte con graciosos recortes. El ánimo siente una delicia indecible en la contemplacion de tan ricos y apacibles paisajes, que van poco á poco desapareciendo y adquiriendo un aspecto triste y monotonó, á medida que el viajero se acerca al pueblo de Terracina, situado en la frontera de ambos Estados, y en medio de las nombradas lagunas pontinas. Las emanaciones mefíticas que estas exhalan hacen en extremo mal sanos aquellos contornos, y los trabajos comenzados por los emperadores, y continuados, aunque con largas interrupciones, por algunos papas, en particular por Pio VII no han conseguido atenuar el daño.

A la abundante vegetacion que dejábamos á la espalda suceden vastas llanuras, tapizadas con una yerba fangosa y en las que brota apenas tal cual salvaje arbusto. Los numerosos búfalos que en aquellos campos se apacientan les dan un aspecto siniestro y melancólico, que viene á aumentar todavía el vuelo lento y los acompasados gritos de las aves que pueblan las lagunas.

Caminábamos por la famosa via Appia, á la que Stacio llama *regina viarum*, y nuestra imaginacion comenzaba á engolfarse en antiguos recuerdos, cuando el pueblo de Velletri empezó á destacarse en el horizonte. Situado sobre una suave colina, y rodeado por la parte de E. á O.E de una cadena de montañas, Velletri se ve crecer y extenderse á sus piés vastos viñedos, cuyo fruto goza de justa nombradía en aquellos contornos; y su amenidad volvió á recordarnos que nos hallábamos en la tierra á que con sobrada razon se ha llamado el jardín de Europa.

Cien años hace apenas que nuestras armas alcanzaron en aquellos campos un triunfo señalado, y nuestro nombre respetado y temido era aun entonces una poderosa garantía contra extraños desafueros. Medio siglo de desaciertos y trastornos bastaron á postrar sus fuerzas y amenguar su prestigio, y la España de Fernando el Católico y Carlos V, se ha visto ultrajada en nuestros dias por naciones que acataron mas de una vez temblando sus caprichos. ¡Pueda la experiencia de pasados errores y sus inagotables recursos conducirla prontamente á la altura en que la historia nos la muestra anteriormente colocada!

(1) Los apuntes de viaje de Nápoles á Roma, que á continuación insertamos, escritos por el Sr. D. Cayo Quiñones de Leon, marqués de S. Carlos, son una de las mejores piezas con que puede engalanarse una *Revista* literaria. — Su modesto autor, cuyo estilo es castizo y fácil, hechiza con la sencillez de sus descripciones, en las cuales en pocas palabras, se encuentra dicho, y bien dicho, lo que otros no sabrían expresar en muchas páginas. El Sr. de Quiñones es sobrio en el empleo de los adjetivos, y de los que se vale son siempre bien adecuados. El autor es un verdadero *amateur* de las bellas artes, y su buen gusto se revela á cada página de sus « Apuntes », escritos, segun él dice con suma modestia, sin ninguna pretension literaria.

Para la exactitud de algun concepto emitido al principio de este trabajo, es preciso no olvidar que este fué hecho en 1846, en tiempo de un pontífice ménos reformador aun que Pio IX.

S. M. T. C.

A alguna distancia de Velletri, y á la derecha de la carretera, levántase un imponente monumento que hirió desde luego nuestra vista, y excitó en nuestro ánimo esa clase de sensaciones graves y profundas que la contemplacion de semejantes objetos engendra. Créesele generalmente sepulcro de los Horacios y Curacios, con cuyo nombre se le designa; y si bien los arqueólogos han opuesto á esta opinion poderosos argumentos, convienen sin embargo, en su remota antigüedad, y en la circunstancia de haber debido ser destinado á encerrar las cenizas de algun considerable personaje, que suponen los mas Arunte, hijo de Porsena, rey de los etruscos. Compónese de un gran basamento, cuya circunferencia es de unos doscientos piés, y sobre el cual se levantan cinco pirámides cónicas, símbolo, segun los que admiten la primera creencia, de los cinco célebres campeones que perecieron en un duelo en que se jugaba la suerte de dos ciudades igualmente poderosas. Albano pasó para siempre bajo el yugo de su competidora, y Roma debió á los azares de tan singular combate el fundamento de un poder de que la historia no ha vuelto á suministrar ningun ejemplo.

A corta distancia del monumento citado se encuentra el pueblo de Albano, villa alegre y de amenos contornos que se hallaba poblado en tiempos remotos de deliciosas quintas, contándose entre las mas celebradas las de Publio Clodio, Domiciano y el gran Pompeyo, de cuyo sepulcro vense además importantes vestigios, y así como de otras antiguas construcciones que las personas acostumbradas á viajar por Italia miran con indiferencia, aunque en otros países serian tenidas justamente en grande estima. Albano es notable tambien por la belleza de sus mujeres, cuyos rostros perfectamente ovales, la nariz aguileña y sus rasgados ojos pueden servir al artista para estudiar aun al vivo y en toda su pureza el tipo antiguo. Su traje es además ligero y airoso, contribuyendo de ese modo á hacer resaltar la natural esbeltez y correccion de sus formas.

La distancia que nos separaba de Roma era ya de pocas millas, y á corto rato la majestuosa cúpula de la basilica cristiana comenzó á erguirse en el espacio, apareciendo como un inmenso titan en medio de los desparrramados edificios de la antigua ciudad de los Césares.

Confesamos que pocas impresiones en nuestra vida han igualado á la que nos hizo experimentar la primera vista de aquella ciudad, y nuestra imaginacion recordaba, sin quererlo, tantos nombres augustos como pueblan sus historias, cuyos maravillosos hechos han formado el entretenimiento de nuestra infancia, y serán un constante objeto de meditacion y de estudio. ¡Julio César, Pompeyo, Marco Antonio! ¡Vuestras sombras se nos aparecian errando por aquellos campos que tantas veces hollaron vuestras plantas, y aun resonaba en nuestros oídos el ruido de las armas de las formidables legiones que supisteis llevar victoriosas hasta los confines del mundo! Miserables pigmeos nosotros, vuestra energía nos sorprende, vuestros hechos nos asombran, y el refinamiento de una civilizacion fria y egoista nos impide hasta el comprender las grandes pasiones que agitaban vuestras almas y conmovian vuestra potente sociedad.....

Posteriormente los hijos de Rómulo y de Remo vieron su capital entrada á saco por un pueblo salvaje que la Providencia habia arrojado sobre la Europa degenerada. Los destinos de la ciudad eterna entonces se trasforman, y en medio de la turbacion de los tiempos, Roma cristiana se muestra como único faro de esperanza á la humanidad oprimida.

Tales fueron las consideraciones y recuerdos que instantánea é involuntariamente se agolparon á nuestra mente apenas divisamos la ciudad que en este momento nos ocupa, y un respeto religioso y profundo se apoderaba de nuestro ánimo á medida que nos acercábamos á sus muros. La noche habia ya comenzado cuando por primera vez atravesamos sus calles, y las sombras que envolvian sus vastos edificios les daban una apariencia informe y confusa que contribuia á presentarnoslos de un modo mas imponente. Las altas torres de sus numerosas basilicas se alzaban en medio de las tinieblas como otros tantos gigantescos esqueletos, centinelas misteriosos de un pueblo donde en cada calle hay una ruina, en cada ruina un recuerdo; y mil fantásticas imaginaciones cruzaban nuestra mente. Por fin todas ellas disipáronse y se desvanecieron al dar con nuestro cuerpo y nuestro exiguo equipaje en la Aduana llamada de Tierra, fabricada sobre el antiguo templo de Antonio Pio. Su fachada presenta todavía el frente del pórtico del primitivo edificio, compuesto de trece columnas de mármol blanco con capiteles corintios, que sostienen una cornisa de mármol griego de un trabajo y gusto exquisitos.

A la mañana siguiente, nuestro primer cuidado fué ir á visitar la basilica famosa donde el cuerpo del primer apóstol se halla depositado, y que es y será por muchos siglos la maravilla de cuantos la contemplan. Esta misma circunstancia, haciéndola sobrada conocida, deberia ahorrarnos aqui su descripcion, y nosotros nos contentaríamos con nombrarla, si no experimentásemos un verdadero placer en traer á la memoria el recuerdo de tan portentoso edificio. Nada hay en el mundo comparable al aspecto que presenta su magnífica plaza, digna de competir con la mejor que la antigüedad puede haber producido en este género. La fachada del templo sorprende por sus colosales dimensiones, que exceden con mucho á cuanto la vista se halla acostumbrada, y en medio de ella hállase el espacioso balcón donde los pontífices suelen ser solem-

nemente coronados, y desde donde dan la famosa benediction *urbí et orbe*. En el centro de su espacioso vestíbulo, adornado con preciosos mármoles, estucos y doraduras, encuéntrase un mosaico del Giotto, designado con el nombre de Navicella, y que á pesar de sus numerosas restauraciones todavía es tenido en gran estima, pudiendo ser considerado como un eslabon entre la época de la decadencia y la del renacimiento de las artes.

Por fin, penetramos en el interior del templo, esfuerzo sorprendente de genio, de voluntad y de constancia, que ha costado á la cristiandad inmensos tesoros, consumido la vida de diferentes papas, y apurado el talento de los muchos arquitectos que han tomado parte en la obra. La vista no encuentra por do quiera mas que raros y preciosos mármoles, bronces, mosaicos y doraduras; y el embate de los siglos se estrellará inútilmente contra una construcccion que parece tan indestructible como el objeto á que se halla consagrada. Sus vastas y majestuosas proporciones asombran y sorprenden, si bien es tal la armonía y concierto de sus partes que el ojo mas experimentado se engaña, y solo puede apreciar la grandeza del conjunto examinando particularmente los detalles; como si aun para nuestras propias obras fuese nuestra percepcion insuficiente. Así, por ejemplo, las figuras de los cuatro Evangelistas, ejecutadas en mosaico, que ocupan las pechinas de la inmensa cúpula, nos parecen del tamaño natural, á pesar de que solo la pluma que tiene en la mano es de nueve palmos y dos tercios de largo, comparacion que puede repetirse en todos los ornatos y que serviria hasta cierto punto para dar una medida de sus dimensiones, si no tuviéramos otra mas exacta. Ochocientos treinta y siete palmos tiene en su mayor extension esta insigne basilica, resultando de ese modo mucho mayor que los templos mas famosos que hoy existen, y cuya medida hállase marcada en el pavimento.

En medio del crucero se alza el baldacchino ó palió que cubre el altar mayor, sostenido por cuatro soberbias columnas espirales de metal de Corinto, sacado del panteon de Agripa, y revestidas de follajes y arabescos que desdican un tanto de la severidad y pureza del estilo greco-romano en que el templo está construido. Encima de él elevase la famosa cúpula, gigantesca y atrevidísima obra de Miguel Angel, que quiso colocando en el aire una masa igual á la del panteon, mostrar al mundo que el genio y las grandes concepciones no eran un patrimonio de la antigüedad, y que los arquitectos de los insignes edificios, cuyos restos forman aun nuestra admiracion, tendrían á su vez algo que aprender de los modernos si por ventura les fuera dado alzar la cabeza de sus olvidadas tumbas. Desgraciadamente genios por el estilo del que nos ocupa son harto raros y excepcionales en todas las edades, para que puedan servirnos de pauta cuando se trate de apreciar debidamente el estado de civilizacion y cultura de la época en que florecieron. Brillantes meteoros que aparecen á plazos inciertos y lejanos en las regiones mas altas de la historia, el rastro luminoso que en pos de sí dejan, solo sirve á veces para hacer mas palpables las tinieblas en que nos aparecen envueltas; y los nombres de Galileo, Vico y tantos otros, reciben de la posteridad la consagracion que no supieron darles sus contemporáneos. Inútil es decir sin embargo, que no queremos hacer de esto una aplicacion completa á la época de que en este momento nos ocupamos.

A la extremidad de la nave que hasta aquí hemos recorrido, hállase la cátedra de san Pedro, con las estatuas colosales de bronce de cuatro doctores de la Iglesia griega y latina; y en las dos laterales vense numerosas capillas y sepulcros de papas, obras en su mayor parte maestras, y de una riqueza en mármoles y en trabajo sorprendentes. El verde, el rojo, el amarillo antiguo se ven alternando con el alabastro oriental y los mas ricos mármoles africanos, y forman una decoracion de una riqueza suma.

A pesar de nuestro propósito de no entrar en pormenores, que si bien interesantísimos para los que se ocupen de bellas artes, los juzgamos harto conocidos, no podemos ménos de recordar el admirable grupo de la Piedad ejecutado á la edad de veinte y cuatro años por el coloso de aquel siglo, Miguel Angel, cuyo genio parece dominar al par del Eterno en todo el templo; y el sepulcro de Clemente XIII de Canova, composicion elevada, y ejecutada con una inteligencia y correccion admirables. La piedra adquiria en manos de aquel escultor famoso una elasticidad y morbidez de la que no parece susceptible, y la expresion que sabia imprimir á sus figuras con razon nos deja atónitos y confusos. Los modernos no han producido nada en su género que pueda competir con los celebrados leones que forman parte del monumento fúnebre que nos ocupa, y de los cuales el uno parece en reposo, mientras el otro vela para que no se turbe el silencio augustó de la tumba.

Una observacion sin embargo, hemos hecho en San Pedro, y con nosotros la mayor parte de los que lo visitan. A pesar de sus grandes, majestuosas y elegantes proporciones, y de las riquezas de todo género que allí se hallan aglomeradas, San Pedro estuvo lejos de inspirarnos esas ideas elevadas y ese recogimiento profundo y religioso que nuestra alma habia experimentado otras veces al entrar en las insignes catedrales de Leon, de Búrgos, de Sevilla. Sea que la arquitectura greco-romana tan admirablemente adaptada á una religion sensual y risueña no lo sea igualmente á la severidad y elevacion de la cristiana, sea que la misma riqueza de sus partes distrae la atencion y el pensa-

miento de los que por primera vez lo visitan, de un modo que perjudica al sentimiento que echábamos de menos.

Es notable que un solo templo gótico (el de Minerva) se encuentra en Roma, donde la construcción de iglesias ha absorbido tan inmensos tesoros; cosa que no podemos atribuir mas que al deseo de aprovechar los abundantes materiales de los edificios antiguos, y al de continuar sin el necesario examen las tradiciones de un arte que allí se ostentaba en toda su grandiosidad y pureza.

Contiguo á San Pedro se halla el palacio Vaticano, desde donde se fulminaban aquellos terribles entredichos que en tan grave conflicto ponían á los pueblos y á los reyes en tiempos en que los sucesores de san Pedro eran los supremos moderadores de la Europa y la religión, tal cual entonces se entendía, la base de todo derecho. Tiempos aciagos de turbulencias y de desafueros, por mas que las pasiones mas nobles, que Dios ha depositado en nuestras almas, derramen de vez en cuando sobre ellos un resplandor fugitivo, y que la poesía nos los retrate con sus brillantes colores.

Atravesamos la guardia suiza que custodia el palacio, y que presenta la singularidad de vestir todavía el mismo traje dibujado por Rafael al tiempo de su institución, y penetramos en el espacioso patio, al redor del cual se hallan las galerías ó lochas de aquel divino pintor, cuyo género algunos le han atribuido equivocadamente, no siendo mas que una imitación de los admirables frescos descubiertos en su tiempo en las termas de Tito.

Entramos en seguida en las *camere* ó estancias que llevan tambien el nombre de aquel felicísimo artista, y en cuyas paredes no muy bien iluminadas, se ven *La escuela de Atenas* y otras obras no menos notables que han apurado ya todos los elogios, y de las que existen por todas partes abundantes copias. Desde allí pasamos al museo, escaso en el número de obras que encierra, si bien lo subido de su mérito compensa hasta cierto punto esta falta. Bástenos recordar la Transfiguración, último esfuerzo del genio privilegiado que á la edad de treinta y tres años dejaba lleno al mundo de sus creaciones. Lástima que el trascurso del tiempo haya alterado un tanto las tintas de esta obra maravillosa, produciendo contrastes y desentonos que perjudican grandemente al efecto del conjunto. En el mismo edificio se encuentra un rico y curiosísimo museo de antigüedades egipcias, donde, entre otros preciosos objetos, descuella la estatua de granito negro que representa á la reina Tanai, madre del gran Sesostri, y diferentes momias admirablemente conservadas; siendo una de las mas notables la de Amenofte, cuyo nombre se ve escrito con caracteres de oro en una especie de escapulario que le cubre el pecho; deduciéndose además de las inscripciones que en la caja se conservan, que perteneció á la décima octava dinastía real, y que fué uno de los sacerdotes de Amon-rá.

Pero lo que debia llevar nuestra admiración á su colmo, eran las diferentes galerías, donde por el diligente é ilustrado cuidado de los papas han sido depositadas las inapreciables estatuas que la antigüedad griega y romana nos ha transmitido á despecho de los estragos del tiempo, y mas aun del fanatismo é ignorancia de los siglos bajos. Las arenas del Tiber sepultan todavía y sepultarán para siempre obras insignes, consideradas como objetos impíos y nefandos en una época de creencias ciegas y exageradas que se imaginaba ver en ellas la representación evidente de espíritus malignos é infernales; y el horror que inspiraban era tanto mas profundo, cuanto mayores eran tambien su perfección y la estima que habian anteriormente alcanzado. Como si la expresión del genio que el artista acierta á imprimir en sus creaciones pudiera nunca tener mas que un mismo y sublime origen, y como si la devastación que en ellas se cometa no fuera el mayor desacato contra el oculto y eterno principio de donde proceden. Fidias al modelar la estatua de Júpiter, de que por degracia solo la cabeza ha llegado hasta nosotros, no se formaría seguramente una idea menos alta del padre de los dioses que la que hervia en la mente de nuestros primeros artistas al representar la imagen del Eterno; y ligeras é insignificantes alteraciones han bastado para que los fieles se prosternan en la primera basílica cristiana ante la venerada imagen de una divinidad que habia tambien recibido los incienso y adoraciones del paganismo.

Una de las cosas que no pudo menos de llamar nuestra atención, fué el número de bustos, estatuas y bajos relieves que tanto en estas soberbias galerías como en algunas particulares se conservan, y de los cuales hay varios, que con fundamento se creen destinados á representar personajes oscuros. De donde puede inferirse que la escultura era un arte poco menos familiar entre los antiguos que la pintura lo es entre nosotros; así como por otra parte el admirable grupo de Laoconte, el Apolo de Belvedere, la Minerva médica, y otra infinidad de obras que pudiéramos citar, y que por primera vez contemplábamos en sus originales, atestiguan la indisputable superioridad que en este punto nos llevaban, bien sea porque los usos, trajes y educación de aquellos tiempos presentasen á los individuos bajo un aspecto mas favorable á los artistas, bien porque los modernos hayan juzgado el pincel y el colorido como mas á propósito para representar el idealismo y elevación de nuestras creencias religiosas, principal fuente de toda inspiración artística, ó por otras causas con las que no nos es posible atinar en este momento.

Los diferentes retratos de cónsules, emperadores y

generales famosos que allí se encuentran, nos familiarizan en cierto modo con los personajes cuyos hechos tan colosales proporciones han adquirido á veces en la historia, al paso que pueden ofrecer á los frenólogos abundante materia para sus observaciones. Y en verdad que al examinar, por ejemplo, en el busto de Catón de Utica el desarrollo y conformación de su frente, lo descarnado de su rostro, sus labios contraídos y como indicando la regidez y el desprecio, al mismo tiempo que los caracteres tan diferentes que presenta el del sibarita Vitelio, que no lejos de él se encuentra, sentimos inclinados á reconocer la infalibilidad de la ciencia que Gall y Lavater han generalizado en nuestros días.

En la biblioteca del mismo palacio, además de preciosos objetos de artes, antigüedades, retratos de papas, etc., etc., encuéntrase una infinidad de códices antiguos y manuscritos raros, cuyo número asciende á ciento veinte y cinco mil, segun el catálogo que hemos tenido á la vista, muchos de ellos en diferentes lenguas orientales, y para cuya publicación se ha establecido la imprenta llamada Vaticana, surtida de toda la variedad de tipos que semejante empresa exige.

Faltábanos por ver la capilla Sistina que se halla tambien dentro de este mismo edificio, y en donde entre otros frescos de los mas acreditados pintores italianos, descuella el famoso *Juicio universal* de Miguel Angel, objeto de ardiente admiración durante tres siglos, y de severas críticas en el día, que el espíritu de contradicción y de independencia artística y literaria se ha llevado tan adelante como excesivo era el respeto tributado á la autoridad de los nombres cuando Vives, Bacon y Descartes quisieron sujetar al método y al análisis el pensamiento humano. Los principales defectos bastante graves, á ser ciertos, para disminuir la veneración tradicional en que hasta aquí se la ha tenido.

Entre los infinitos templos notables y cargados de riquezas que en Roma existen, pasan por los mas dignos de llamar la atención, despues del ya nombrado, el de San Pablo, en cuya reconstrucción están empleándose enormes sumas, y que será, una vez terminado, el primer edificio de los tiempos modernos; Santa María la Mayor, de donde nuestros monarcas son canónigos titulares, y cuyos soberbios techos se hallan dorados con el primer oro venido de las Américas; Nuestra Señora de los Angeles, edificada sobre las termas de Diocleciano, cuyas elegantes y vastas proporciones aun conserva, así como varias de las gigantescas columnas de pórfido y de granito oriental que las adornaban; y por último la insigne y venerada basílica de San Juan de Letran, fundada por Constantino el Grande y apellidada *omnium virtis et orbis ecclesiarum mater et caput*.

Los antiguos designaban con el nombre de basílicas los lugares en que administraban la justicia, y que formaban por lo comun parte de los palacios de sus soberanos segun Vitruvio nos refiere. Componíanse aquellos invariablemente de una gran calle central, formada por dos filas de columnas, y de dos alas laterales en donde se hallaban las personas de ambos sexos que esperaban separadamente el momento de presentarse ante los jueces. Estos, así como los abogados y notarios, colocábanse en una construcción transversal ó crucero un poco elevado, y al cual se subia por tres ó cuatro escalones.

La construcción que acabamos de bosquejar convenia pues perfectamente al nuevo culto, y Constantino, dedicando á él la basílica de Letran, consagró aquel nombre gentilicio, y fijó un modelo aplicado con ligeras modificaciones en la construcción de la mayor parte de las iglesias primitivas. Hallanse en esta, en gran número, esa clase de mosaicos y otras labores conocidos en los siglos de la decadencia con el nombre de *opus grecum*, por ser un género casi exclusivamente cultivado por artifices bizantinos, que pretendian suplir con la brillantez de los colores y la riqueza de la materia la falta de belleza en las formas y de pureza y corrección de líneas, á la sazón de todo punto perdidas. Obsérvanse igualmente cantidad de estatuas tiesas, incorrectas, sin expresión ni movimiento, que remontan á la misma época, y que segun la opinión de Th. Hope en su historia de la arquitectura, eran efecto no solo de la ignorancia de sus autores, sino de la necesidad de sujetarse á ciertas reglas prescritas por el temor de que la demasiada perfección de sus obras no hiciera caer de nuevo á los pueblos en los recien abandonados errores de la idolatría, tributando á las copias el culto que era debido solamente á los originales. Y por último, pueden enumerarse, entre los objetos notables que este templo encierra, diferentes reliquias tenidas en la mayor veneración y estima, hallándose entre ellas un pedazo de la mesa en que celebró el Redentor su última cena, y las cabezas de san Pedro y san Pablo contenidas en dos grandes bustos de oro y plata, con incrustaciones de perlas y piedras preciosas.

Recorrido lo mas notable de la parte respectivamente moderna de la ciudad, el objeto que punzaba nuestra curiosidad mas vivamente era el famoso Capitolio, considerado en la antigüedad como el asiento mas augusto de la grandeza romana. Súbese á él por una soberbia escalinata digna de los tiempos antiguos y del lugar á que conduce, en el que se alzaban, además del templo de Júpiter Capitolino, el Tabularium ó archivo público, y la Curia Calabra, desde donde el Pontifex minor, despues de consultado el novilunio, anunciaba las calendas y las nonas al pueblo, que era convocado al efecto; manera ruda é imperfecta de suplir á la posterior invención del calendario. Formando parte de esta colina, una de las siete sobre que la ciudad se hallaba asentada, encuéntrase tambien, como es sabido, la roca

Tarpeya, que difícilmente podría corresponder en nuestros días al uso á que en otro tiempo se la destinaba, habiendo los escombros amontonados por los siglos levantado considerablemente el nivel antiguo. Hoy día todos aquellos edificios han desaparecido y sido sustituidos por otros bien lejos de poder competir con los antiguos; siendo sin embargo notable el palacio llamado Senatorio, comenzado bajo la dirección de Miguel Angel, y que sirve de residencia al primer magistrado municipal de la ciudad. Desde la torre que corona este edificio gózase de una vista sorprendente y que no puede menos de exaltar la imaginación mas apagada. Mirábamos tendida á nuestros piés á la ciudad inmensa, cuyos destinos tanto han pesado sobre toda Europa, y cuya influencia benéfica y civilizadora se ha extendido hasta los climas mas remotos. Los arcos triunfales de Constantino el Grande, Septimio Severo y el gran Tito, colocados en el campo Vaccino y abrazando la famosa vía triunfal, que venia á espirar á los piés del Capitolio, traían á nuestra memoria aquellas pomposas ovaciones, con las que un pueblo altivo y sediento de gloria premiaba á los que habian sabido extender su nombre y acrecentar sus dominios. Vastas y majestuosas ruinas de templos, palacios, basílicas y otros monumentos esparcidos en el espacio que abarcaba nuestra vista, marcan los destrozos del tiempo, que todo lo consume y acaba, la fragilidad de las obras del hombre, y la desaparición de infinitas generaciones empujadas y envueltas por otras que pasarán confundidas á su vez en la misteriosa sucesión de los siglos.

Allí se ve el gracioso templo circular de Vesta, donde las vírgenes adictas á su servicio cuidaban de conservar el fuego sacro; el de la Fortuna, cuyas elegantes columnas son uno de los mejores modelos que en su género la antigüedad nos ha trasmitido, y otra infinidad de monumentos que hablan poderosamente á la imaginación, y son una prueba de la grandeza y ostentación romanas. Mas allá divisanse y van á morir, al pié de las montañas que á lo lejos se perciben, tristes y monotonas campiñas surcadas de trecho en trecho por trozos de acueductos, que ascendían al número de catorce antiguamente, y de los cuales los tres que aun hoy se conservan servibles bastan para surtir de aguas á la ciudad profusamente.

Contiguo al palacio Senatorio está el museo Capitolino, noble depósito de algunas pinturas acreditadas y de diferentes obras maestras de la escultura antigua, contándose entre otras la Venus capitolina, el Gladiador moribundo, Antinoo y otras muchas, sobre las que se han formado los artistas mas célebres de los tiempos modernos, y que han sido mil veces reproducidas.

Lo próximo que nos hallábamos al anfiteatro nos despertó la idea de ir inmediatamente á visitarlo, y así lo hubiéramos verificado, si el cicerone, con toda la autoridad de quien se propone llenar concienzudamente su encargo, no nos hubiera determinado á diferirlo hasta la noche. Y en honor de tan respetable personaje debemos declarar aquí que su consejo era acertado, y que esta vez al menos no tuvimos motivo para arrepentirnos de nuestra condescendencia. La luna que habia alumbrado diez y ocho siglos aquellos imponentes sillares, les daba un aspecto aun mas triste y solemne, y el recuerdo de tiempos tan remotos, la sangre de los mártires allí derramada, y otras mil ideas que se presentan confusamente á la mente, producen una impresión grave y profunda, que quedará por mucho tiempo gravada en nuestra memoria. ¿Qué se hizo el pueblo inmenso y prepotente que desde aquellas vastas gradaderas aplaudía tan feroces y degradantes espectáculos? ¿Qué se hicieron tantos reyes y emperadores que, desvanecidos con su grandeza, creyeron tal vez domeñar los destinos como habian domeñado los pueblos de la tierra? La mano del tiempo pasó sobre sus cabezas, y apenas la historia ha podido recoger sus nombres y el recuerdo confuso de sus hechos.

De todos los monumentos de Roma antigua, ninguno revela tanto como este la grandiosidad y elegancia que campeaban en sus edificios públicos, y al considerar sus proporciones y el tamaño de los sillares que lo componen, créese por un momento en la fábula de los Titanes ó en la existencia de alguna raza extraordinaria, respecto á la cual nosotros no podemos considerarnos sino como seres raquíticos y degenerados. Inmediato al anfiteatro se halla la *meta-sudante*, vasta fuente donde los gladiadores acudían á lavar sus heridas y restaurar sus fuerzas para comenzar de nuevo el combate.

Con la guía de Roma debajo del brazo y el inevitable cicerone al lado, fatigada nuestra imaginación y creyéndonos trasportados á la edad que aquellos monumentos nos recordaban, dirigímonos al día siguiente á la plaza de Monte-Cavallo, en la que se alzan los célebres colosos de Fidias y de Praxiteles representando á Castor y Polux en actitud de sujetar dos fogosos potros; obras llenas de energía y de noble expresión, y las mas intactas que nos han quedado de aquellos dos afamados escultores. En medio de ellas descuella un elegante obelisco que, como otros muchos que en la ciudad se observan, fué traído por sus antiguos habitantes del interior de Egipto, sin el aparato y los inmensos esfuerzos que ha costado la conducción del que hoy adorna la plaza de Luis XV en París, hallado en las playas de Alejandría, y de un tamaño relativamente pequeño. De donde podemos hasta cierto punto inferir lo superiores que nos eran en el conocimiento de la mecánica.

Faltábanos aun por ver el famoso panteón de Agripa, hoy convertido en templo cristiano, sin que la mano

del hombre haya producido en él apenas mas mudanza que la de sustituir las verdaderas imágenes á las divinidades del paganismo, ni el tiempo ejercido sobre su robusta y elegante fábrica sus habituales destrozos. El panteon de Roma es el edificio de este género mas intacto que hoy día se conserva, y su elegante pórtico y la espaciosa rotonda que lo componen, uno de los mayores primores arquitectónicos que la antigüedad nos ha trasmitido.

Hablar aquí de los infinitos particulares que merecian una descripción detallada, es tarea que no entra en el plan de este artículo, reducido á consignar lo que nos ha parecido mas notable, durante una residencia mucho mas corta de lo que hubiéramos deseado. Nada tampoco dirémos de sus numerosas plazas, ni de sus calles, poco transitadas, en las que la yerba que hace perecer el cierzo brota al lado de piedras que pertenecieron acaso á antiguas construcciones, y que el tiempo ha querido carcomer inútilmente. Y por lo que hace al aspecto general de la ciudad, estamos léjos de considerar como defectos la tristeza y la monotonía que ordinariamente se le achaca. El bullicio de otras capitales sentaria mal á un pueblo por el que aun se ven cruzar sombras augustas, y que con razon pudiéramos llamar la tumba de los héroes. La alegría en Roma es preciso ir á buscarla á las deliciosas quintas ó villas que pueblan su campiña, donde sus opulentos dueños han amontonado, además de cuanto puede contribuir al agrado y solaz de la vida, riquezas dignas de ser codiciadas

por los mas poderosos soberanos: no siendo cosa rara ver en ellas el valor de muchos millones en un solo vaso de mármol, en una urna, en una estatua. Entre otras que pudiéramos citar, viénesenos á la memoria la perteneciente á los príncipes [de Borghese, situada en un vasto y amenísimo parque constantemente abierto al público, y en el que sus opulentos señores han gastado á veces crecidas sumas en dar al pueblo romano fiestas á la manera antigua. La inmediación á que se halla de la ciudad le hace uno de sus mas agradables y concurridos paseos, compitiendo bajo este concepto con el Pincio, desde el cual se ve de una parte la soberbia plaza de Popolo, y de la otra aquellos tristes aunque apacibilísimos paisajes, cuyas majestuosas y severas líneas tan felizmente inspiraron al Pusino, y que hacen la delicia de cuantos á este género de pintura se dedican.

De lo poco que acerca del lujo y ostentacion de una parte de la nobleza italiana hemos apuntado, podrán inferir nuestros lectores cuán errados andan los que se la figuran en un estado poco ménos que de desnudez y miseria; no mostrando tampoco mayor acierto en el desden en que miran un país por tantos títulos respetable. No hay ramo alguno del saber humano, en que la Italia no haya impreso un sello profundo y duradero; y sin ella la historia hubiera perdido sus mas instructivas y brillantes páginas. El filósofo como el artista, el político, el jurisconsulto y el literato, se verán obligados á volver incesantemente sus miradas hácia

la patria que ha producido los mayores ingenios, y sido teatro de los sucesos que mas han influido en los destinos del mundo. La suerte ha maltratado cruelmente á veces á sus hijos; el yugo extranjero y la opresion continuada de que han sido y aun son en parte víctimas, han bastardeado en cierto modo su carácter, y está aun léjos el día en que el espíritu de localidad y otra multitud de causas permitan el establecimiento de la grande unidad italiana, sueño dorado de los que hasta aquí han pensado en mejorar la situacion de su patria. Pero el germen que tantos hombres extraordinarios ha producido, no se extingue, las tradiciones no se olvidan, y la Italia tendrá siempre asegurado un lugar eminente entre las naciones mas cultas, al paso que cualquiera de los grandes sucesos á que la Europa puede verse expuesta, le ofrecerá tal vez el medio de salir de la postracion política en que hoy yace. El imperio de las ideas sobreponese tarde ó temprano al de la fuerza, y nada basta á impedir que aquellas cundan en naturalezas ya de suyo impresionables y ardientes.

Por lo que hace á Roma, su existencia tantas veces combatida, se apoya sobre bases que creemos por mucho tiempo indestructibles. La religion y las artes son sentimientos harto arraigados en el corazon del hombre, para que puedan ceder fácilmente á los caprichos de la moda filosófica, ó al embate de pasiones y de intereses efimeros.

CAYO QUIÑONES DE LEON.

Napoles, febrero 1846.

Ligeros apuntes sobre la Argelia.

II.—NEMOURS (DJEMMAA — QHAZAOUAT) Y SU CÍRCULO.

(Provincia de Oran.)

(Véase el n.º anterior.)

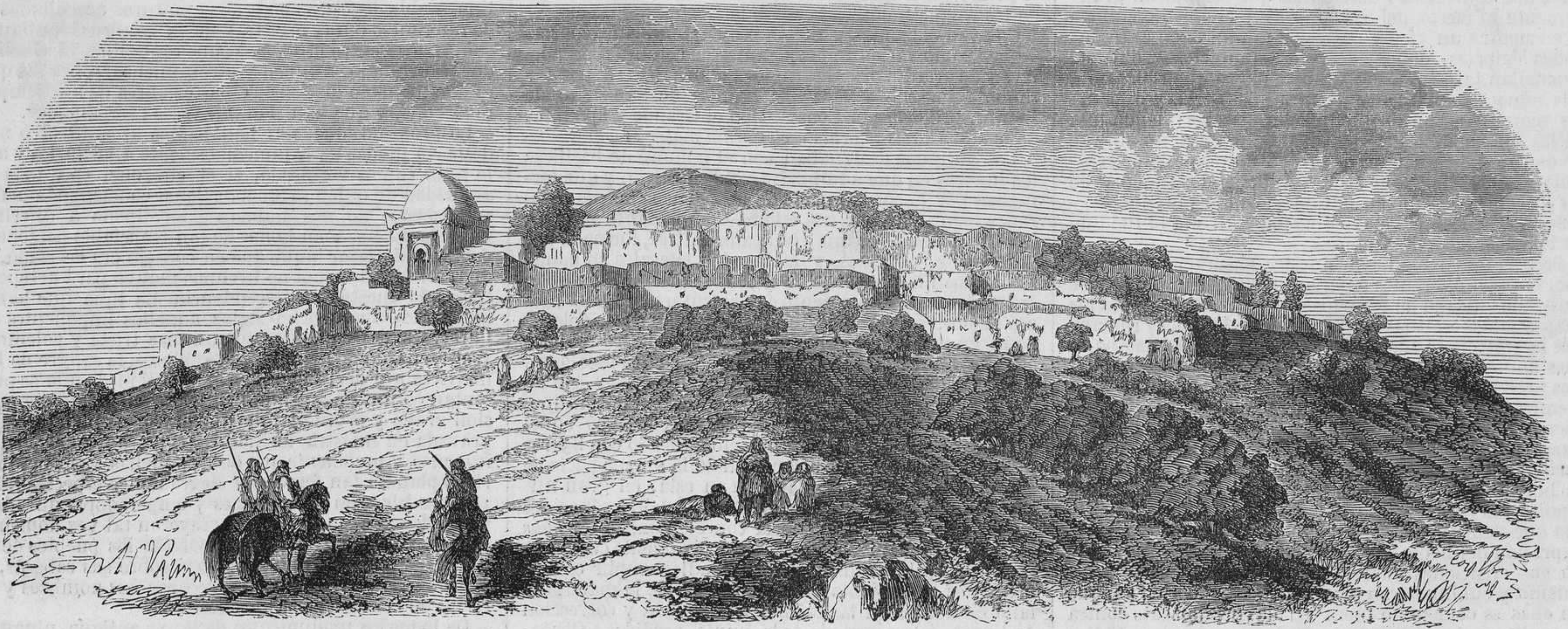
III.

Nemours nació en 1844 de las necesidades de la guerra en la época en que el ilustre general Bugeaud iba á

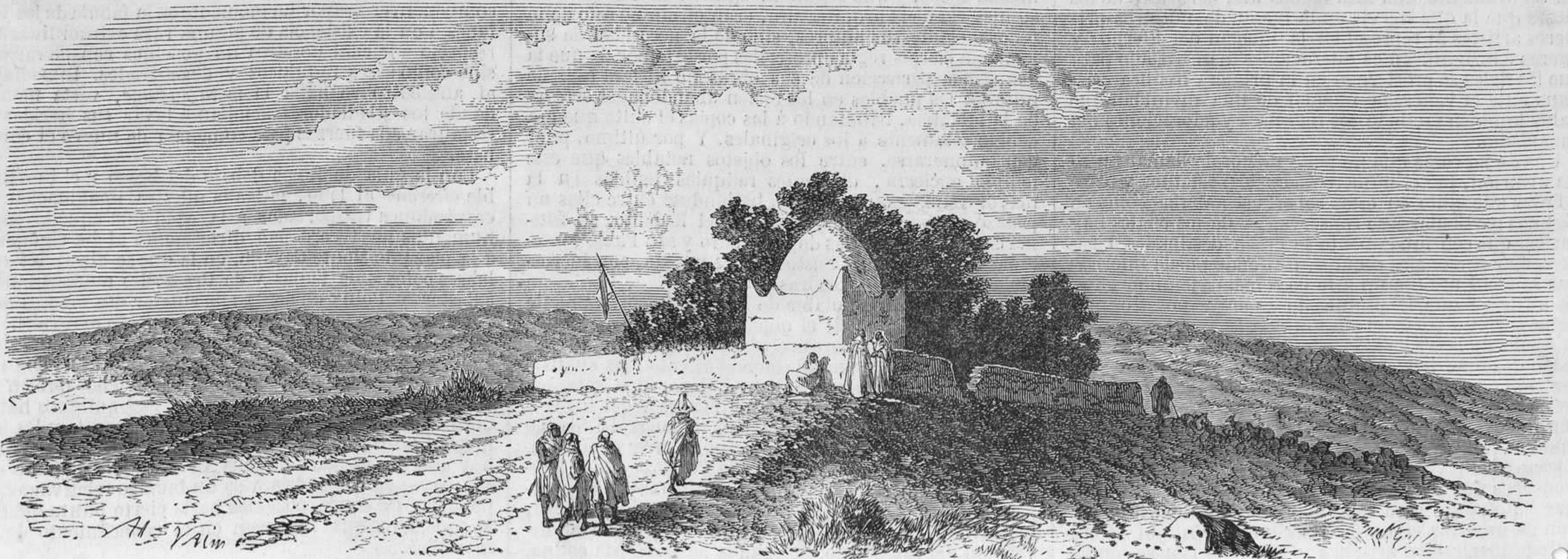
buscar sobre el Isly su baston de mariscal. Es digno de notarse que el Isly, el mas bello titulo de gloria militar del mariscal, es por el Mouilah un afluente del Tafna, donde se firmó algunos años ántes el tratado que tantas reconvencciones le ha valido.

Necesitábase pues sobre la costa un punto de abastecimiento cómodo para el ejército, y se eligió la playa de Djemmaa-Ghazauat, que por el Ued-Tleta comunica en ménos de cinco horas con Bab-Taza, de donde se baja hasta la llanura de Angad, ó por la meseta de Sidi-Brahim llega á Sidi-Bu Djenan, y pasando por

los Achach, penetra sin dificultad hasta el Mouilah. Por lo demás, como solo se trataba de una instalacion provisional, no se tuvieron en cuenta otras muchas cosas. Los vapores trajeron de Oran tablas y galleta, y se desembarcó en el sitio en que mejor lo permitió el viento aquel día. Soplaban del Este y se establecieron en la Punta Este, pues los dos cabos que forman la coleta de Nemours se hallan orientados hácia el E. O. Con cuatro tablas se construyeron barracas sobre la misma playa, y el nuevo puesto-almacen quedó bautizado como todos sus predecesores con un nombre grotesco hasta el



Zauiet-el-Mira.



Morabito de Sidi-Brahim.

dia en que habiéndole ensanchado la fortuna se llamó Nemours. Como por todas partes, sobre la costa de Oran, la mayoría de la población fué española, población muy alegre en verdad, y que no dejó plantar un clavo en la nueva ciudad sin acompañamiento de guitarras, castañuelas y fandangos.

A un año de fundado el pueblo de Nemours dió que decir, y su nombre quedó mezclado con el recuerdo de un desastre inaudito en los anales de la guerra de los franceses en Africa.

Era entonces comandante superior del círculo el teniente coronel Montagnac oficial instruido, jóven y valiente pero emprendedor como él solo, hasta tal punto que el comandante superior de Lella-Maghrnia, el coronel de Barral de quien dependió, concibió serios temores; enterado de esto M. Montagnac escribía pocos dias ántes de la accion de que vamos á hablar: verémos si soy un calavera como dicen.

Un dia de setiembre de 1845 salió como para un paseo militar, con la mayor parte de la guarnicion: 331 cazadores de Orleans del 8º batallon y unos 70 húsares del 2º reg., y se dirigió por el lado de Msyrdas, tribu kabila al Oeste del círculo, y luego pasando á la izquierda se acampó sobre la orilla derecha de un afluente del Ued-Tleta, que viene de los Pozos-de-Sidi-Bu-Djennan. Hay allí una vasta llanura muy cortada en todas las direcciones con muchos matorrales, y muchos troncos de olivos raquíuticos. Por el lado del Este á mas de cuatro leguas se ve Nedroma, á la otra extremidad hácia el Oeste Zauiet-el-Mira, y hácia el Sur las montañas de los Djebullas y las que cubren los Achach.

Abd-el-Kader andaba por aquellos sitios, y cuando supo lo débil que era nuestra columna se fué rápidamente hácia ella, y el 23 de setiembre por la mañana coronó las crestas que dominaban nues-

tro bivac, á una legua hácia el Sur, teniendo cuidado de ocultar la mayor parte de su gente.

M. Montagnac, engañado por falsas noticias, corrió derecho á él sin contar sus hombres, y esta fué la triste jornada de Sidi-Brahim que no se ha olvidado todavía. Largo tiempo los huesos de aquellos 300 valientes que sucumbieron á la fuerza numérica de los árabes, mezclados con los de sus caballos que murieron con ellos, y dispersados por los chacales y las hienas, han blanqueado este suelo hasta el dia en que la mano piadosa de un francés, M. Baradere, comandante superior del círculo los recogió y les dió una sepultura conveniente, sino digna de ellos.

En torno de este monumento hay tiendas árabes que le guardan. Uno de los guardas, compañero del emir

hipócritamente á los nuestros. «Allí, nos decia, sobre ese terreno pelado tuvo lugar el choque de la caballería; allí delante de nosotros, á nuestros piés cayeron los cazadores con su comandante; por ese barranco rodaron dos cazadores heridos que trataban de ocultarse cuando [se habia concluido la pelea; ¡fueron asesinados!»

Sus ojos brillaban de tal modo cuando decia estas últimas palabras, que pensé debía haber tomado parte en este asesinato y tuve horror de su persona.

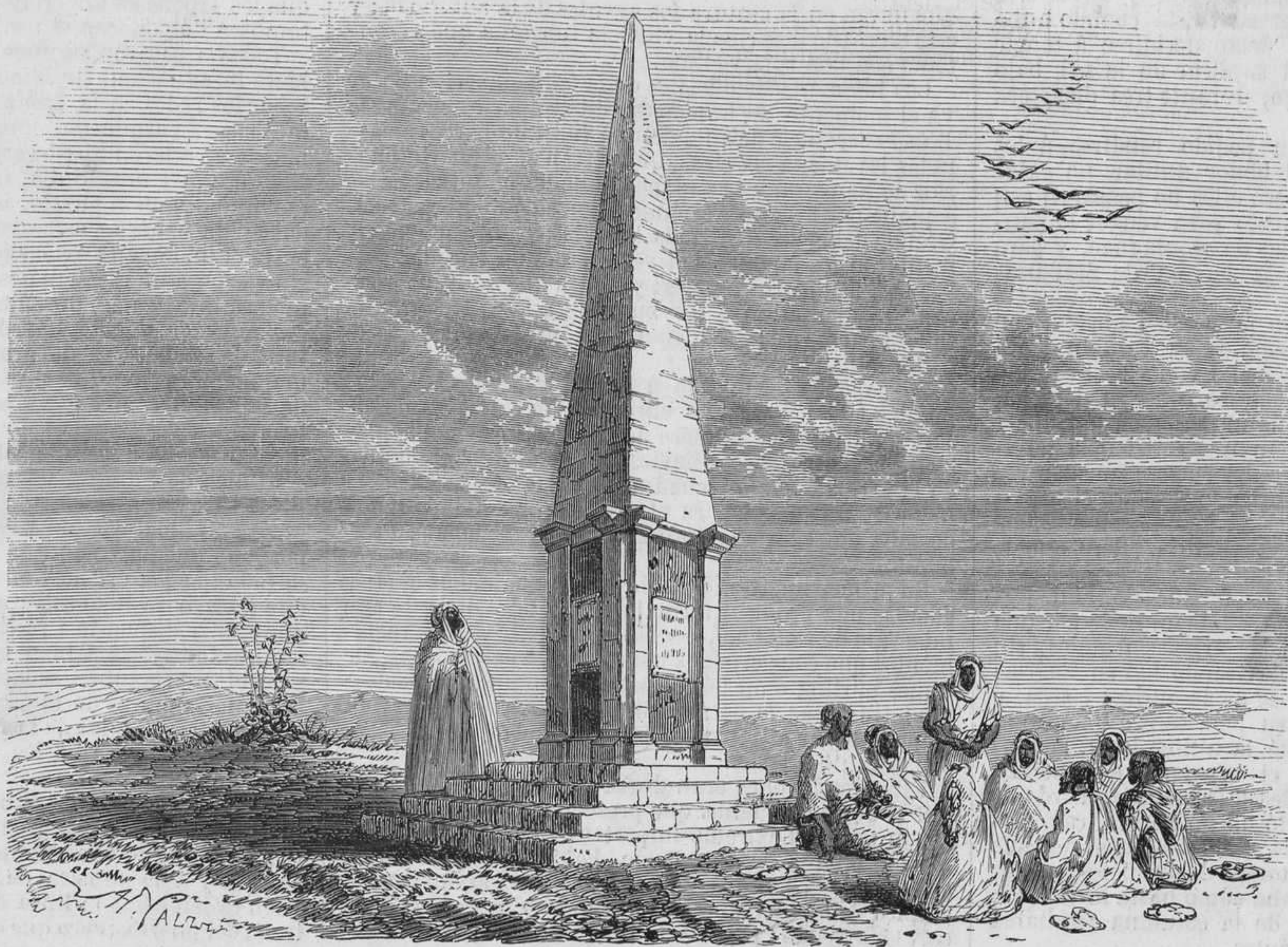
Pero habia unos 80 hombres que se habian quedado á retaguardia con los bagajes bajo el mando de M. de Geraud; ¿qué esperanzas podian quedarles, aislados de todo socorro, en frente de 10,000 árabes victoriosos?

M. de Geraud atravesó rápidamente el Ued-Sidi-Brahim llevándose cuanto pudo, subió la meseta donde está la Kubba de este nombre y se encerró en ella.

Kubba significa cúpula y por extension, edificio cubierto de una cúpula. Como casi todos los sepulcros de los morabitos argelinos tienen de estas kubbas, hemos llamado morabito los kubbas que les sirven de tumba.

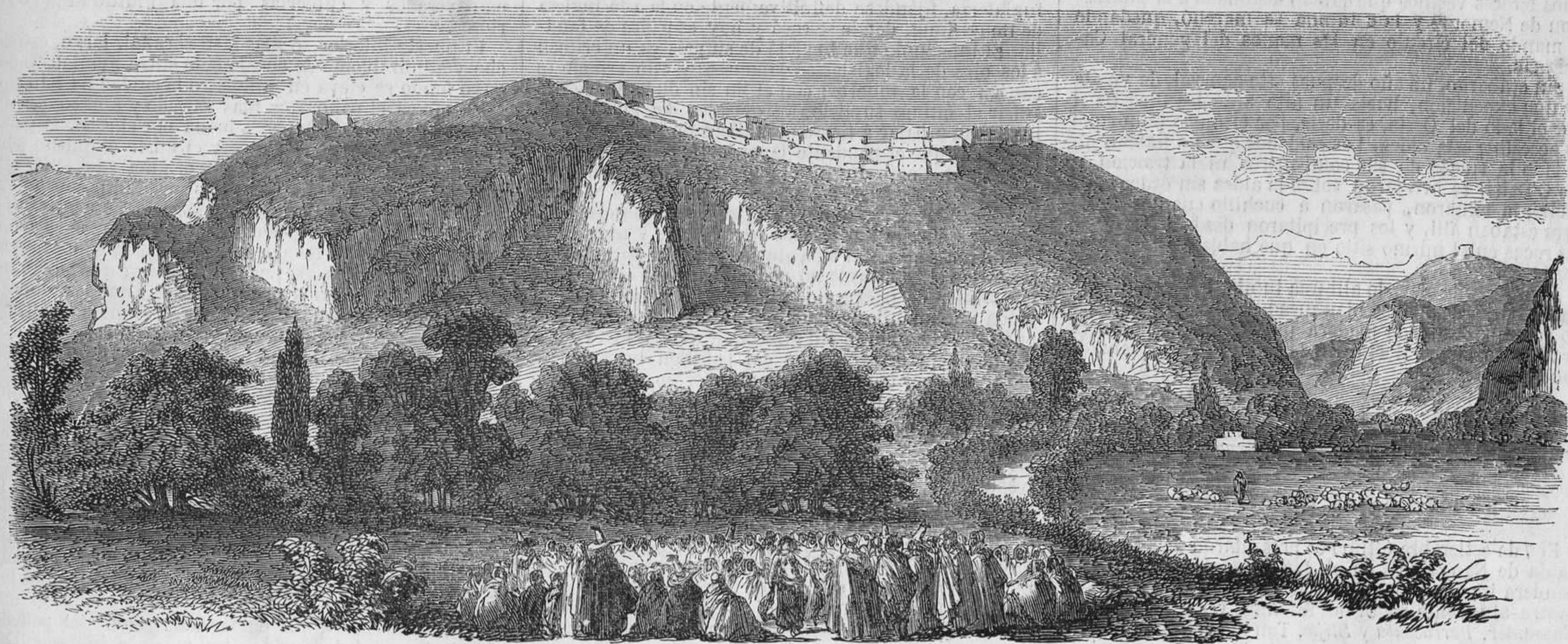
El morabito de Sidi-Brahim, se encontró allí muy á propósito. La posicion es un poco elevada, y en cuanto á fortificacion, el edificio no podia tener un valor real, sino con hombres como aquellos. — La tumba está rodeada por una tapia de tierra y de guijarros, á la altura del cuello de un hombre; este muro que se podria demoler de una patada tiene por dentro 18 pasos sobre uno de sus frentes y 15 sobre el otro; la kubba colocada en el centro tiene 5 en cuadro. En el interior está el féretro cubierto con cortinas de seda segun el uso musulman; es una caja de

madera muy historiada que contiene las reliquias del santo personaje; en esta especie de patio, cuyo centro es la kubba, hay tres higueras que ocupan el lado Norte.



Monumento de Sidi-Brahim.

aqueel dia, nos contó la accion, y aunque no se atrevió á glorificarse del resultado con nosotros, su fisonomia manifestaba un júbilo interior, miéntras hacia justicia



Los Ued-Dziri, cerca de Nemours.

En ese estrecho espacio se encerró con su compañía M. de Geraud, sin otra esperanza que la de vender cara su vida.

Puso los bagajes sobre la tapia á fin de aumentar su altura mandó practicar unas diez aspilleras á cada lado y señaló á cada uno su puesto y su deber.

Abd-el-Kader se adelantaba por un valle estrecho al Oeste de Sidi-Brahim, y cuando se hallaba á unos 1,000 metros de los franceses, sin detenerse mas que un mo-

mento mandó que tomaran muertos ó vivos los que quedaban de la columna Montagnac, y siguió su camino.

Entonces principió la lucha; en toda la llanura una nube de albornoces lanzados en desórden por el orgullo de un primer triunfo y la certidumbre de otro mas fácil, y en medio de ella, en aquel punto perdido 80 hombres fuera de todo socorro y que solo podian hacer lo que dijo su jefe: morir con valentía.

El ataque fué terrible, pero recibidos al pié del muro

por un fuego furioso, los árabes retrocedieron, para luego avanzar de nuevo y retirarse repetidas veces. Cuando vieron la inutilidad de sus esfuerzos, enviaron un parlamentario ofreciendo la vida á los campeones, pero M. de Geraud rechazó desdeñosamente la capitulacion, y entonces se contentaron con formar un inmenso círculo en torno de Sidi-Brahim; el hambre debia reducir á los franceses.

Esto duró tres dias y tres noches, y en este tiempo

ni sueño, ni víveres, ni agua. La muerte en el entusiasmo del combate es cosa fácil, pero tres días y tres noches combatiendo con ardor para morir al cabo, es algo más difícil.

Mientras estaban allí, la poca guarnición que quedaba en Nemours había salido de la plaza bajo las órdenes de M. Coffine, que había sido informado de la jornada de Sidi-Brahim por un cazador que se había escapado por milagro del degüello, y que á la segunda noche fué á llamar con su carabina á la puerta del Sur ó de Nedroma. Este cazador no sabía lo que había sido de la compañía que quedó con los bagajes. M. Coffine llegó con su tropa sobre la cuesta pelada de mas allá de Tienth, desde donde se domina Sidi-Brahim, examinó la llanura con su antejo, y como no distinguiera nada ni oyera ningún tiro, se figuró que todo estaba acabado. Las higueras del morabito que le cubren por aquel lado le impidieron ver y salvar á la compañía que estaba allí encerrada. Esta cuando hubo gastado su último cartucho debió decidirse á tomar otro partido; además, ya el suplicio de la sed bajo aquella temperatura de fuego, durante tres días, era intolerable.

Aquellos valientes habrían podido rendirse á los árabes sin mancilla, pues el honor militar no exige que se muera inútilmente, pero ellos no pensaron así; quisieron ofrecerse en holocausto para vengar la bandera francesa de las desgracias de Montagnac, y para cambiar en un día glorioso la derrota de Sidi-Brahim.

Nuestros cazadores salieron pues de su abrigo, con su yatagan-bayoneta al extremo de su carabina; era un poco antes de amanecer, nadie conocía el camino de Nemours, y arrojándose al acaso sobre su derecha, nuestros cazadores cayeron en una serie de barrancos donde á cada paso encontraban una resistencia terrible. Sin embargo, nada pudo detenerlos; muchas veces formados en cuadro y abriendo siempre el paso á la bayoneta por entre las masas, marcharon á escape sin dejar uno de los suyos á retaguardia. ¡Heroísmo de que hay pocos ejemplos!

Así llegaron á la vista de las fortificaciones de Nemours, donde podían llegar en veinte minutos por una hondonada deliciosa cubierta de árboles frutales, sin mas que seguir el Ued-Tleta. Grande fué su alegría; bajaron rápidamente la cuesta de la última colina, y á pesar de las órdenes de su jefe, se precipitaron al agua como locos. — Esta fué la última hora. Por las dos cuestas que encajonan el arroyuelo dominado á pico por los Ued-Dziri en la aldea de la orilla izquierda, de cada zarza, de cada roca salió un hombre, y cayó sobre ellos una lluvia de balas. No había más remedio que morir, y murieron en torno de sus jefes, ménos catorce que llegaron no se sabe cómo hasta la ciudad; esto fué todo lo que quedó de la columna que había salido de Nemours seis días antes.

A la noticia de esta desgracia, el general Lamoriciere, comandante de la provincia, salió á toda prisa de Oran, y se unió con el general Cavaignac cerca de Tafna; el 9 de octubre, las tres columnas reunidas que formaban 5,000 hombres, se acampaban ante Nemours, y se pudo dar sepultura á Geraud y á sus compañeros.

La clemencia del ilustre general fué tan grande en esta ocasion como había sido la injuria, pues perdonó á los feroces vecinos que habían degollado á la guarnición de Nemours y la columna se marchó, quedando el mando del círculo en las manos del general Cavaignac.

Sin embargo, un año despues este general, de vuelta de una expedición, hacia un alto ante los Ued-Dziri por el lado del Oeste, es decir, por el único punto que es accesible esta aldea. Los soldados que no habían olvidado la suerte de sus compañeros ni la traición de los O'Dziri, se arrojaron sobre la aldea sin órdenes de nadie, la tomaron, pasaron á cuchillo cuantos hombres estaban allí, y los precipitaron desde lo alto de las rocas en el mismo sitio en que habían perecido los nuestros.

Ahora hemos elevado allí una tumba, que es un gran cuadrilátero de adobes blanqueados con cal, y coronado con una cruz de madera pintada de negro. — El arado respeta esa tierra, en la cual se han plantado muchos árboles.

A. V.

Los ingleses en el Japon.

El 7 de setiembre último se presentaron delante de la bahía de Nangasaki, en el Japon, cuatro buques con bandera inglesa: la fragata *Winchester*, al mando del contra-almirante sir James Stirling, y los tres vapores *Encounter*, *Barracouta* y *Stijx*. Tan luego como estuvieron á la vista, salieron del puerto las barcas para ir á recibirlos. Dentro de una especie de mirador colocado sobre la popa de estas exóticas embarcaciones, un empleado de la aduana japonesa agitaba en su mano varias hojas de papel escritas en francés, inglés, ruso, holandés, chino y otros idiomas; y como los capitanes ingleses pasasen desdeñosamente sin hacer caso de los ademanes desesperados de aquellos hombres, arrojaron estos los papeles cuya mayor parte de las hojas cayó al mar; pero algunas fueron volando hasta encima del puente de la *Winchester*, y habiéndolas recogido hallaron que contenían una formal prohibición á todo buque

extranjero de penetrar en el puerto bajo las mas severas penas.

Sir James Stirling había formado su plan, y ante todo estaba resuelto á no traspasar las leyes del país, á ménos que no se viera forzado á ello por acontecimientos imprevistos. Sin embargo, continuó su marcha con gran sorpresa de los oficiales japoneses, que le creían resuelto á violar la consigna. Para comprender toda la importancia que estos funcionarios dan á la ejecución de sus deberes, es necesario conocer los medios que se ponen en práctica para asegurarse de su fidelidad. El castigo de un empleado negligente ó traidor, en el Japon, no solamente recae sobre el culpable, sino que se extiende á su familia y particularmente á sus hijos. Con todo, se consigue sustraer estas cabezas inocentes á las penas á que han sido expuestas por medio del suicidio á la moda japonesa, suicidio que consiste en abrirse el vientre con uno de los dos cuchillos bien afilados que llevan en la cintura los agentes de la autoridad; y este sacrificio desarma la vindicta soberana que se contenta con una sola víctima.

Los infortunados oficiales de la aduana veían llegar ya el momento de imponerse este suplicio, cuando la *Winchester* ancló delante de una línea de barcas amarradas las unas á las otras, que cerraban el puerto interior de Nangasaki, á la manera que los buques echados á pique por los rusos cierran la entrada de Sebastopol. Grande debió ser sin duda la satisfacción que experimentaron los japoneses al ver á la flotilla europea fondear en los límites legales; y luego que se hubo estacionado, abordaron á los buques ingleses una multitud de barcas que conducían á los emisarios del gobernador.

Los japoneses subieron á bordo, y preguntaron los nombres de los oficiales europeos; la categoría de sir James Stirling, el número de hombres de la tripulación, la fuerza de los navios, y por último el motivo de la arribada de la escuadra. El comandante era portador de una carta para el emperador del Japon, que deseaba entregarle en propia mano y escuchar su respuesta.

En primer lugar se le pidió un plazo de diez días; y además una promesa formal de someterse durante este intervalo de tiempo, á las leyes del país y á los reglamentos que conciernen á toda clase de extranjeros. Sir James Stirling empeñó su palabra, comprometiéndose á no traspasar la entrada del puerto, á impedir á su tropa el saltar á tierra y á prohibir toda comunicacion con la gente del país.

Estas condiciones eran duras; pero las proposiciones que el almirante tenía que presentar al emperador del Japon eran en extremo importantes, y el gobierno inglés, al ordenar la expedición, había expresamente recomendado el evitar todo lo que pudiera asemejarse al empleo de la fuerza, y todo lo que pudiera herir á la corte de Yeddo; política tanto más hábil, cuanto que contrastaba singularmente con la actitud amenazadora de los americanos, que acababan de imponer al Japon un tratado por medio de un armamento considerable.

Estas conferencias habían tenido lugar por medio de un japonés, embarcado en la *Winchester* en Hong-Kong en calidad de intérprete.

Este hombre, arrojado por una borrasca, hace mas de veinte años, lejos de las costas de su patria, visitó la Inglaterra, fijándose definitivamente en la isla inglesa de Hong-Kong, donde se casó y hoy es padre de familia. El infortunio que lo alejó de su país es un crimen á los ojos de la legislación japonesa, y este crimen se castiga con la muerte; con el fin sin duda de hacerle sufrir el último suplicio, los oficiales del gobernador invitaban á bajar á tierra al malhadado intérprete, invitaciones que el prudente japonés tuvo buen cuidado de rehusar. Como durante la conversacion aludiese alguna vez á su mujer y á sus hijos, uno de los oficiales manifestó el pensamiento de su gobierno con estas palabras: «Una mujer nacida para llorar, y unos hijos consagrados al dolor.» La alusion era transparente. Parecía que el intérprete no podía sustraerse al verdugo por crimen de naufragio, y miraba á su mujer como viuda y á sus hijos como huérfanos. Mas este no había puesto el pié á bordo sin saber que estaba fuera de su alcance bajo la protección del pabellon británico; y mostrando por toda respuesta el soberbio pabellon que ondeaba sobre el palo mayor de la *Winchester*, ni los ruegos ni promesas pudieron determinarle á dejar la fragata.

Sin embargo, los días se pasaban, y no llegaba la respuesta de la corte de Yeddo. Sir James empezaba á impacientarse, y la inacción propagaba las enfermedades entre los marinos. La situación de la escuadra se iba haciendo tanto más insoportable, cuanto que tenía delante de la vista un país admirable y una ciudad populosa. ¡Verdadero suplicio de Tántalo para marinos condenados á la inmovilidad! A últimos de setiembre el comandante hizo saber al gobernador que no solo no esperaría mas tiempo la vuelta del mensajero enviado á Yeddo, sino que estaba dispuesto á acercarse á la ciudad. Esta declaración llenó de terror la casa del gobernador. Si sir James hubiera ejecutado su amenaza, desgraciado del principal representante de la autoridad japonesa en Nangasaki, no le hubiera quedado otro recurso que proceder á la desagradable especie de suicidio, de que hemos hablado mas arriba.

El gobernador envió á toda prisa algunos de sus confidentes á bordo de la *Winchester*, y se puso él mismo á disposición del comandante, suplicándole aguardase todavía algunos días. Sir James pidió la autoriza-

cion de comprar víveres frescos, y la facultad de bajar á tierra para desentumecer algun tanto los miembros de sus marinos; pretensiones de todo punto inadmisibles ántes de que llegasen las órdenes de la corte. En medio de su legítimo terror, el gobernador acudió á un expediente para salir del paso. No pudiendo autorizar por sí mismo ningún comercio entre los extranjeros y los japoneses, y por consiguiente la compra de víveres, prometió enviárselos gratuitamente; del mismo modo que no siendo dueño de dejar saltar á tierra á los marinos, los acordó el disfrute de una isla situada en la rada. Sir James depositó en ella los convalecientes, que muy pronto se restablecieron de sus enfermedades, gracias al ejercicio al aire libre en el clima mas hermoso y mas saludable del mundo. Aquel mismo día recibió la *Winchester* una cantidad de cestos llenos de huevos, aves y legumbres. En cuanto á la carne fresca, no podían proporcionarles otra cosa sino tocino, por que los japoneses no crían animales para el consumo; tambien desconocen el uso de la leche.

Todavía pasaron algunos días; y como en nada cambiase la situación, sir James manifestó la intención de echar las redes en la bahía, pero le suplicaron que no lo hiciese, porque eso hubiera sido violar las leyes, mas le ofrecieron abastecerle de algun pescado. La noche de aquel mismo día, la escuadra observó mucho movimiento en el puerto. Las numerosas barcas reunidas en la bahía se colocaron de manera que dejaban entre sí una ancha extensión de agua, y en este espacio vieron á unos japoneses, escoltados por barcas armadas, que traían un enorme aparato de pescar, que dejaron caer, y en cuyo rededor quedó un vigilante durante la noche. El ardid era sin embargo mas imponente que eficaz; porque el producto de esta pesca solamente se limitó á muy pocos canastos de peces, tales como lenguados y rodaballos, lo necesario apenas para alimentar un día á la tripulación.

El mes de octubre, cansado ya de esperar, el almirante hizo ostensiblemente sus preparativos para dirigirse á Yeddo; pero no tuvo tiempo para terminarlos, porque inmediatamente se le comunicó la noticia de la llegada de las órdenes enviadas por el soberano. Con este motivo le hizo saber el gobernador de Nangasaki que estaba dispuesto á recibirle en el día y hora que el almirante tuviese á bien señalar. La entrevista se fijó para el 4 de octubre, señalándose de antemano el número de hombres de la escolta, la hora del desembarque y el ceremonial de la recepción. Los japoneses son mas inteligentes que los chinos; pero no son ménos ceremoniosos.

A las nueve de la mañana del 4 de octubre, el almirante bajó en su lancha, en torno de la cual se colocaron otras cuatro que conducían á los oficiales, á los marinos y á la música de la escuadra, avanzando en buen orden hacia la línea de barcas que cerraba la entrada del puerto. ¡Pero que crimen de lesa ceremonia iba á cometerse! Traspasar esta barrera sin ser acompañados de un agente encargado de hacerla abrir, era lo mismo que condenar una docena de funcionarios japoneses á abrirse el vientre. Por fortuna, el almirante fué advertido á tiempo, y mandó suspender el movimiento de los remos. No esperó mucho: la línea de embarcaciones se separó para dar paso á la flotilla; y tan pronto como está hubo pasado el límite sagrado, se vió rodeada por un enjambre de barcas alegremente empavesadas y cubiertas por una multitud de curiosos.

El puerto interior, ó mas bien el canal, largo, estrecho y admirablemente encajonado entre montañas, de cuyo fondo se eleva en anfiteatro la ciudad de Nangasaki, ofrece el panorama mas variado y ameno que se puede imaginar. El japonés brilla por el aseo, la perfecta inteligencia de lo culto, y el gusto exquisito por lo pintoresco. Su arquitectura es original; los sitios en que vive se hallan bien escogidos; sus campos de arroz admirablemente cultivados. Además, la naturaleza secunda estas felices disposiciones; nada es mas risueño que el contorno de las pequeñas bahías que guarnecen el puerto de Nangasaki; nada mas alegre que la verdura de sus orillas; nada mas majestuoso que las montañas sobrepuestas que terminan y rodean la perspectiva.

La lancha del capitán abordó al pié de una escalera de granito rojo, cuyo último escalon estaba bañado por el mar. Una diputacion esperaba á sir James sobre la playa para darle la bienvenida.

Los delegados le propusieron acompañarle á casa del gobernador, y se colocaron inmediatamente á la cabeza de la comitiva. Una fila de soldados se hallaba tendida á lo largo del camino; tapices sostenidos por estacas colocadas de distancia en distancia ocultaban á las miradas de los extranjeros el aspecto interior de la ciudad. ¿Cómo podían estos quejarse de esta precaucion? ¿Acaso no se les hubiera contestado que se había tomado para festejarlos?

No entraremos aquí en la descripción del palacio donde fueron introducidos los marinos ingleses. Las casas de los japoneses de alto rango abarcan generalmente un cierto número de edificios de un solo piso, distribuidos al rededor de uno ó muchos patios interiores. Cubrid de alfombras el suelo de estos espacios descubiertos; adornad con tapices las murallas de estos edificios; colocad algunos soldados en los ángulos; representaos un cierto número de personajes sentados en línea sobre sus talones, en la actitud y con el traje de los *pussahs*, y tendréis á la vista el cuadro fiel de la recepción preparada al almirante Stirling en casa del gobernador de Nangasaki.

Hubiera sido violar todas las ceremonias de costumbre y manifestar una precipitación muy europea, el abordar en esta primera entrevista el verdadero objeto de la visita; por lo tanto, pasóse únicamente en cumplimiento por una y otra parte, si se exceptúa la lección de conveniencia y de aseo dada por un japonés á uno de los extranjeros. Habíase permitido este escupir al suelo, y uno de los asistentes le dirigió la palabra en inglés: « Sírvase Vd., señor, le dijo, no escupir aquí. Hay japoneses que se sientan sobre este entarimado. » Hemos dicho ya que los japoneses son en extremo aseados. Los extranjeros, y en especial los rusos, les inspiran una verdadera aversión, que contribuye en gran parte á separar de toda comunicación con el resto de la tierra.

Mientras que el almirante, separado de sus oficiales, conferenciaba con el gobernador, los criados de este sirvieron el té á todo el estado mayor, que estaba como encerrado en una sala particular, obsequiándolo después con abundantes y sabrosos dulces.

La segunda entrevista se había fijado para el 9 del mismo mes, y en este día comenzó á tratarse seriamente del asunto que traía á los ingleses á Nangasaki. El gobernador había recibido una carta del emperador del Japon. Este agosto mensaje estaba destinado a la publicidad, porque el gobernador le leyó en alta voz, después de un exordio dirigido á hacer comprender á los asistentes toda la importancia de las palabras que iban á escuchar, y á exponerles la necesidad de retirarse cada uno á un sitio apartado para meditarlas detenidamente después de haberlas oído.

A pesar de lo ridículo de semejante preámbulo, todos los oficiales ingleses que asistieron á la lectura, convinieron en una cosa á saber, que la carta del soberano japonés concebida en muy buenos términos rebosaba sensatez y delicadeza; según el análisis remitido por los ingleses, fácil es saber cuales son las peticiones que se habían hecho al emperador del Japon en nombre del gobierno británico.

Después de mil saludos y cumplidos á la reina Victoria, á la nación inglesa, al almirante Stirling, á sus oficiales y marinos, el emperador del Japon manifestó el vivo sentimiento que le causaba el estado de guerra existente entre las mas poderosas naciones de Europa. En medio de este conflicto formidable, el emperador había resuelto conservar la mas estricta neutralidad, puesto que si tomaba partido por una ú otra de las naciones beligerantes, no dejarían de caer desgracias sobre su pueblo, que el Japon no podría sobrellevar en su estado de abatimiento, y por lo tanto prometía de una manera solemne no molestar á ningun buque, con tal que la tripulación se sometiera á las leyes del territorio. Respecto al tratado particular con la Inglaterra, el emperador del Japon declaraba hallarse dispuesto á entrar en negociaciones, añadiendo que si bien estaba resuelto á hacer á los ingleses las mismas concesiones que había hecho á otros extranjeros, con todo, reservaba para los chinos y holandeses los privilegios de que estas dos naciones disfrutaban exclusivamente.

La segunda entrevista se ocupó con la lectura de este documento importante, y en la tercera se redactó el tratado prometido. Parece que los ingleses han obtenido los mismos derechos que arrancaron los americanos pocos meses antes á la corte de Yeddo. Consisten principalmente en la concesión de dos puntos de parada donde los balleneros puedan hallar un refugio y donde puedan también establecerse depósitos de carbon para los vapores. En cuanto á las relaciones comerciales se hallan aun en el mismo punto que antes de las expediciones de los americanos y de los ingleses; esto es, que se halla prohibido todo tráfico entre el Japon y las naciones extranjeras, excepto los chinos y los holandeses.

A decir verdad, no es muy envidiable el privilegio de que gozan estos dos últimos pueblos, tan grandes son sus cargas y restricciones. Cuando los ingleses pasaron cerca de la pequeña isla de Desima, donde los holandeses tienen su factoría, que está situada en el fondo del puerto de Nangasaki, les pareció tan miserable el aspecto de este establecimiento, y tan triste la condición de los que le ocupan, que no pudieron menos de experimentar un sentimiento involuntario de desprecio y de compasión. Se hallaba anclado en el puerto el único buque que la factoría está autorizada á recibir todos los años. Al pasar el almirante izó su bandera y saludó. Estas son todas las relaciones que se tienen con los residentes holandeses.

No creemos que esté muy próximo el día en que el vasto imperio del Japon, que contiene 40 millones de habitantes, abandonará su política de aislamiento; no obstante, se han obtenido algunas concesiones, y los dos marinas que rivalizan hoy en actividad y en comercio, no se descuidarán en aprovechar las primeras buenas disposiciones ó los primeros acontecimientos favorables que tarde ó temprano con cierta habilidad habrán de suscitarse.

El tratado concluido por sir James Stirling será presentado en breve al Parlamento; y entonces sabremos exactamente cuales son las concesiones que los ingleses han obtenido de la corte de Yeddo.

P. D.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Longchamps ántes de Longchamps. — El teatro de Folies-Nouvelles. — Los caramelos verdes y los guantes de color de lila. — Asalto de las lunetas á los palcos de proscenio y vice versa. — La moda en el teatro susodicho. — Las levitas de talle corto. — Las modas de Longchamps. — Colores á la moda. — Diferentes géneros del frac á la francesa. — El elegante de los treinta bolsillos. — Consejos á mis lectores. — Destronamiento de las telas estrambóticas. — Descripción de las modas de Longchamps.

El Longchamps de otros tiempos, el verdadero Longchamps, no existe ya en realidad, bien que haya siempre un Longchamps en la Semana Santa, pero la moda y el Jockey-Club no esperan ya á Longchamps para producir las novedades de la elegancia. En cuanto un rayo de sol de primavera viene á dorar y á embellecer los paseos y el bosque de Bolonia, salen á relucir todas las coqueterías y excentricidades de la moda.

La juventud dorada, la fina flor del mundo lujoso, se entretiene, no obstante, mientras llegan las brisas tibias y perfumadas que convidan al paseo nocturno, en asistir á las Folies nouvelles, fumando con delicadeza un largo caramelo. Ahora es moda el caramelo, y lo mas particular es que no solo los mozalvetes caen en ella, sino que hay señores de peluca rubia y patillas teñidas, y hasta condecorados con la cinta encarnada que se aplican también á la golosina.

Ahora querrá saber el lector que es esto de Folies nouvelles. Es un teatrillo donde no se representan comedias, y donde los actores no son los que figuran en las tablas. La comedia, la ópera-cómica y el sainete pasan en las lunetas y en los palcos de proscenio; hay un fuego cruzado de ojeadas capaz de incendiar la fortaleza mas inexpugnable. Las lunetas están ocupadas por los guantes color de lila (ya no hay mas guantes amarillos) y estos guantes de color de lila glorifican é inciensan el caramelo, como colegiales en tiempo de vacaciones. En el proscenio se disparan también miradas procedentes de ojos azules ó negros sobre los caramelos verdes y los guantes de color de lila, y de esta guerra galante y coqueta resultan novelas cuya intriga dura lo que dura.

No habría hablado aquí de este teatrillo de los caramelos, si no fuera porque en él se reúnen los elegantes parisienses, y en él pueden estudiarse las modas nuevas. Lo mismo en el tablado que en la sala se ejecutan pantomimas, y los actores, cualquiera que sean, obtienen triunfos inmensos.

Algunos jóvenes, los que dan el tono, han llevado allí una semana ántes de Longchamps unas levitas muy cortas de talle; esto debía suceder, según la ley de reacción que rige en todas las cosas. Por mi parte no me sorprendería que después de haber llevado levitas con trabillas, se llevaran ahora chaquetas en vez de levitas. El talle corto está peor quizá que el talle muy largo en un paletó y en un frac.

Pero hablemos seriamente. He aquí las modas de Longchamps:

Para traje de vestir se llevará igualmente la levita derecha y el frac á la francesa. Las levitas derechas como no llevan mas que una hilera de botones, deben ir siempre abotonadas; mas sin embargo, como cuando hace mucho calor no es posible seguir la regla, se harán por consiguiente con doble fin, esto es, llevarán un cruzado de tres ó cuatro cent. No se ponen mas de cinco ojales, y para esto es preciso que el talle sea muy largo, pues en otro caso con cuatro basta. No se da mucho vuelo á los faldones, solo cinco cent. sobre la rodilla. Estos faldones se forran de seda interiormente.

Los colores de paños á la moda son los siguientes: negro de China, verde ruso y bronceado oscuro. Los mas elegantes prefieren el verde de corte, el bronceado dorado mas ó menos vivo y algunos azules ingleses.

Hay dos clases de fracs á la francesa, una de faldones largos y de escape para vestir y para paseo, y la otra representando una casaquilla á la inglesa ó frac de montar, que aunque tiene el mismo corte de cuerpo y el cuello y las solapas son iguales, difiere en los faldones que tienen mucho mas vuelo y avanzan mas sobre el delantero principalmente por abajo. Este último género de casaquilla á la inglesa está muy en uso para paseo de mañana, y por eso le prodigan una gran cantidad de bolsillos en los faldones y en el pecho.

El furor por los bolsillos es tan grande, que un personaje muy notable, el conde de B..., lleva hasta treinta en una casaquilla inglesa color Lavalier, esto es, color de tortola con reflejos dorados. Por eso le han bautizado con el título del hombre de los treinta bolsillos.

Los talles y los faldones de las levitas son muy cortos, pero para no salir de las reglas de la gracia y del buen gusto no debe exagerarse esta nueva moda, y cada cual debe aceptarla según su estatura y corpulencia. La moda es relativa y no absoluta, y ántes de aceptar una cosa reputada á la moda es preciso saber si sienta bien ó mal, un mocetón esbelto, delgado y elegante, claro es que no puede vestirse como un hombre repleto y de ciertos años.

La forma de los pantalones no ha sufrido ningun cambio; se puede decir que ha quedado abandonado el pantalon con trabillas. La caída de abajo es muy redonda sobre la bota.

En cuanto á los chalecos siguen por ahora los de chal, que suministran con ingenio y coquetería el modo de mostrar la ropa blanca en todo su lujo y frescura. Las corbatas siguen también lo mismo; cuellos ingleses y americanos. — Todos los grandes cuadros y los dibujos muy visibles están abandonados; se vuelve á las modas sencillas y distinguidas, á las modas de los hombres de mundo, y se rechazan las excentricidades vulgares.

Pero parece que la moda real no está todavía bien decidida, y que las novedades esperan para mostrarse los días de buen sol; entonces la primavera hará salir á luz un verdadero Longchamps de trajes ricos y aristocráticos de que daré cuenta á mis lectores para el mes próximo. Entretanto el figurin de este número principiará á dar una idea de las modas nuevas, formadas y fotografiadas en Longchamps delante del palacio de la Industria.

El primer traje es el de un joven de veinticinco años. Se compone de un frac á la francesa de paño azul oscuro cortado justo al talle y largo de faldones; cuello y solapas con caída larga, sin descubrir por eso el pecho; esta clase de solapas de un trabajo fácil y bombeado en medio, se parece al que se hacia en otro tiempo cuando las entretelas interiores eran muy gruesas, con la diferencia que hoy se prefiere un lienzo fino y poco acolchado á todo otro sistema; solamente, lo suplen todo el trabajo de la plancha y la disposición de esas delgadas entretelas, puesto que el resultado, no por que sea una imitación, deja de ser satisfactorio.... En cuanto á las mangas, se suprime momentáneamente toda especie de bocamangas; se cortan en su largo real, y la seda del forro baja hasta el borde.

El chaleco de casimir, color de paja liso, es de forma derecha á la inglesa; lleva botones y ojales de arriba á bajo, y aunque muy adelantado sobre el pecho, cierra solo con cuatro botones para que quede á descubierto la pechera; cuello bajo y subido; largo real del chaleco semejante al del delantero del frac.

Pantalon de satin ceniciento de una anchura de piernas ordinaria y redondo sobre la bota; se lleva con trabillas ó sin ellas.

Después tenemos una levita de vestir vista de espalda; talle un poco holgado sin exageración en el largo; embebidos de cintura derechos sobre las caderas. Los faldones llegan hasta las rodillas y llevan un vuelo proporcionado que permite dar vuelta al cuerpo sin hacer pliegues al abotonarse, pues el delantero es de solapas, y por consiguiente se puede cruzar y cerrar con tres botones sobre cinco. Mangas anchas sin bocamanga ni abertura.

La forma del chaleco que se adopta es un pequeño chal subido.

El pantalon de una tela de rayas, tiene también un corte helgado, y se lleva sin trabillas.

La tercera figura, que es un hombre de veinticinco á treinta años, está de cara, para que se vea el corte del chaleco y el del pantalon. En cuanto á lo que llaman vulgarmente *prenda principal*, no es otra que un bonito paletó de satin ligero color bronceado, enteramente forrado de seda. Este paletó tiene el corte de una levita con dimensiones mas grandiosas, es decir, el talle es mas largo y mas ancho, las mangas mas espaciosas (sin bocamangas), y las solapas y el cuello están hechas para que vuelvan ampliamente.

El chaleco es de un hermoso casimir azul de Francia, y va adornado todo al rededor, á un cent. corto del borde, con dos trencillitas á distancia bordadas en relieve con una seda negra lacia y brillante. El largo de abajo se dibuja cuadrado sobre las caderas; el chal es muy abierto; solo se abotonan tres botones.

Pantalon de tricotina color de perla, de caída derecha, y botones de la misma tela.

El niño de cinco años que se ve en cuarto lugar lleva un trajecito edad-media formado de dos piezas, á saber: una falda muy corta fruncida por arriba, con bastante vuelo y un corpiño figurando faldetas. La abertura va por delante, y se cierra por medio de una hilera de corchetes puestos de cinco en cinco cent. de distancia hasta la corbata. No lleva cuello. El corpiño y la falda, de cachemira color granata claro, llevan ambos por adorno al borde una ancha cinta rizada en canelones y cosida llano.

Pantalon blanco prolongado con una guarnición de encaje, medias rayadas y botines adecuados.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

La procesion del viérnes santo en Monaco.

Nuestros lectores conocen la historia de Monaco, que en vez de ser un principado alemán, es un principado itálico-franco-sardo, donde se vive á la italiana, se habla francés, y cuya guarnición consta de soldados sardos; Monaco vive bajo el poder absoluto de un soberano.



no legítimo que depende del rey de Cerdeña en virtud de los tratados de 1815.

Monaco es á la vez el nombre del principado entero y de su capital. El Estado completo compuesto de tres ciudades, Rochebrune, Mentone y Monaco, ocupa apenas una superficie de 135 kilómetros cuadrados, y toda su población no pasa de 7000 almas. Situado á las puertas de Niza, Monaco es un país bendecido por el cielo. Inmensa fertilidad, clima encantador, sitio mag-

nífico, es una miniatura del paraíso terrestre. Monaco, su capital, que no posee mas de 1200 habitantes, es una de las poblaciones mejor situadas que pueden verse; se alza en medio de un olivar inmenso en lo alto de una roca que se adelanta en la mar.

Los habitantes de costumbres muy metódicas, solo salen de su regla ordinaria el día de viernes santo. En la noche de este día hay una fiesta que atrae de los confines del principado una gran concurrencia, y es



Procesion del Viernes Santo en Monaco.

una procesion donde se representan todas las escenas de la Pasion en una serie de grupos formados en cuadros. Las calles por donde atraviesa, las iglesias y el palacio á donde va, ostentan una iluminacion espléndida. La procesion principia á las nueve y concluye á las doce.

El centenario á caballo con la espada desnuda en la mano abre la marcha á la cabeza de los soldados judíos y romanos en medio de unas banderas donde se leen las cuatro iniciales S. P. Q. R. *Senatus populusque romanus*.

Bien luego aparece Jesucristo con un manto escarlata alzando la cabeza ó bajándola, unas veces doblegado con sus dolores, otras reanimándose con la oracion. De tiempo en tiempo llega un ángel á consolarle, y á apagar su sed, en su cruel agonía.

A pocos pasos de intervalo Jesus aparece de nuevo con el mismo manto, pero con las espaldas muy descubiertas; lleva las manos atadas por detrás y en la cabeza la corona de espinas. Los soldados que le prenden y que le siguen se lanzan hácia él muy á menudo y le amenazan con sus armas.

Despues en un tercer grupo vemos á nuestro Redentor llevándolo á cuestras el instrumento de su suplicio. Con frecuencia le amenazan de lanzadas y de azotes, y los hombres que le rodean figuran el ruido de los golpes con cartones que pegan unos contra otros.

Va seguido por un soldado que lleva una coraza muy grande, y que con una enorme manopla de acero, hace ademán de abofetearle, y parece que le pregunta: *Dinos ¿quién te ha herido?* Judas se presenta despues gesticulando como para decir: *El es; apoderaos de su persona*. Despues viene Heródes con un quitasol, y no muy léjos se reconoce á Pilato que lleva junto á sí un criado que continuamente le presenta una palangana para que se lave las manos.

Enseguida se ven unos niños echando á suertes ó jugando á los dados las vestiduras de la victima; siguen los jueces romanos y los judíos con grandes libros abiertos, y se detienen de cuarto en cuarto de hora como para consultarlos sobre los artículos de la fe, haciendo al mismo tiempo muchos movimientos de cabeza y pegándose palmadas en la frente como las gentes que meditan, y por último viene el verdugo con su escalera.

En el cuarto grupo Jesucristo aparece caminando muy lentamente, doblegado bajo el terrible peso de la cruz, y arrastrando una larga cadena de hierro, que un soldado de aspecto feroz lleva de la punta, hacien-

do resonar el hierro sobre el empedrado. En torno de Jesucristo se apiña una numerosa soldadesca blandiendo sobre su cabeza armas de todas clases, como picas, sables, hachas, alabardas, etc. Por momentos Jesus se doblega sobre sí mismo, y entónces una jóven que representa santa Verónica se arroja á sus rodillas para enjugar el sudor que corre por su frente. En su lienzo queda impresa la fisonomía del Salvador. Despues de algunos minutos de abatimiento, Jesus se levanta ayudado por José de Arimatea que hace los mayores esfuerzos por sostenerle.

En el cortejo se distinguen el gallo de san Pedro, san Juan vestido con una piel de carnero, guiando su cordero, y ¡cosa sorprendente! Adán y Eva, pero no en el traje del paraíso terrenal. Delante de ellos se eleva el árbol de la ciencia del bien y del mal, cargado de frutos, verde y risueño. A cada estacion Eva coge una manzana que presenta al pobre Adán. Sigue inmediatamente despues el ángel del Señor haciendo brillar su espada fulminante.

Una música de aficionados que anima la procesion, marcha delante del quinto y último grupo. Jesus ha sido crucificado, y su santo cuerpo extendido en una cama suntuosa alumbrada con muchas velas, camina bajo un dosel magnifico. Los doce apóstoles acompañan el cuerpo de su divino Maestro, y van cantando los salmos de la Iglesia. ¡Muchos tambores que les siguen, ejecutan de tiempo en tiempo redobles fúnebres.

Por último llevan con gran veneracion la estatua de la Santísima Virgen, toda de negro.

Cierran el séquito las damas de caridad de Monaco, que reemplazan así las tres Marias. Van vestidas de negro, y grandes velos del mismo color ocultan sus cabezas; por este motivo tienen que ir guiadas por unas niñas, tambien vestidas de negro, pero sin velo.

Esta procesion de Monaco fué en otro tiempo mas brillante, pues comprendia una porcion de pasajes del antiguo y del nuevo Testamento que hoy se han suprimido. Entónces reinaba la mayor emulacion entre los jóvenes de ambos sexos del país, para presentarse con vestidos lujosos y apropiados á los diferentes papeles que desempeñaban. En el día se ha perdido un poco la aficion entre las altas clases, pero el pueblo, firme conservador de las tradiciones, ordena todos los años la procesion y toma parte en ella, con tanta devocion y solemnidad como ostentaron en otro tiempo las clases elevadas.

A. L. V.